

El Ruedo



UN CARTEL DEL PINTOR CARLOS
RUANO LLOPIS, RECIENTEMENTE
FALLECIDO EN MEXICO

Reproducido con autorización expresa
de Litografía Ortegai

3

PTAS.

¡CHICLANA, CUNA DE GRANDES TOREROS!

MAL comienzo tuvo para los lidiadores chiclaneros la segunda mitad del siglo decimonono.

En breve espacio de tiempo desaparecieron del mundo de los vivos cuatro grandes lidiadores nacidos en la hermosa ciudad citada, una de las más atractivas de la región gaditana.

Francisco Montes, "Paquiro", el maestro por excelencia, y sus discípulos José Redondo, "el Chiclanero"; Manuel Jiménez, "el Cano", y José Fernández, "Bocanegra", muertos todos en los años 1851 a 1853.

Hoy vamos a dedicar este "Recuerdo" al más humilde de dichos lidiadores, al banderillero y notable peón de brega que se llamó José Fernández de los Santos, "Bocanegra", que vió la luz en Chiclana de la Frontera el día 20 de agosto de 1824.

Dedicado a la profesión taurina, y previas las consiguientes pruebas de aptitud en Plazas de infima categoría, figuró de peón y banderillero al lado de sus paisanos Manuel Jiménez, "el Cano", y José Redondo, "el Chiclanero", pasando más tarde a figurar entre la gente capitaneada por el maestro "Paquiro".

Con éste vino a Madrid José Fernández de los Santos en la temporada de 1850, haciendo su presentación en la corrida inaugural de la temporada —31 de marzo—, en la que los chiclaneros Montes y Redondo y el madrileño Cayetano Sanz estoquearon seis toros de los ganaderos Fuentes, Suárez y Aleas.

Formando pareja con su también paisano Nicolás Baró banderilleó "Bocanegra" los toros primero y cuarto, estoqueados por su maestro, y la impresión que el nuevo diestro causó a los aficionados de la Corte no pudo ser más favorable. De ella hizose eco uno de los revisteros de la época, el que escribió:

"El señor 'Frasquito' Montes trae entre sus peones un muchachito de agradable presencia que no tiene mal arte." Este muchacho a que se refería el cronista de la Fiesta no era otro que José Fernández, "Bocanegra", banderillero de fina factura, valiente y pronto en la colocación

de los palos, habilidoso con el capote, con piernas de acero para correr los toros por derecho y ágil en el salto al trancuerno, suerte practicada por él con gran frecuencia.

De su serenidad ante el peligro dió una prueba en la quinta corrida de este año 1850, a que venimos refiriéndonos, el día 22 de abril.

A la salida de clavar los palos al toro de Aleas que rompió plaza, resbaló José Fernández en la sangre de un caballo, cayendo ante la cara de la res, que en el momento hizo por el diestro; pero éste tuvo la suficiente serenidad para esquivar el peligro abrazándose a las manos del animal y plegando su cuerpo cuanto pudo, con lo que evitó le alcanzasen los derrotes del toro, hasta que la intervención de los compañeros sacó al animal del sitio de peligro.

La escena fué verdaderamente trágica, y los



Francisco Montes, «Paquiro»

espectadores respiraron al ver en salvo al lidiador gaditano, al que felicitaron con una gran ovación. Al sufrir el maestro Montes la cogida que le retiró de las Plazas, "Bocanegra" volvió a la cuadrilla de su antiguo jefe, José Redondo, y con este diestro volvió a nuestra Plaza el año 1852, inaugurando su nueva campaña con la primera corrida, 11 de abril, escuchando muchos aplausos al banderillar, en unión de Nicolás Baró y Manuel Ortega, "el Lillo", los toros "Verdugo" (retinto), de Hidalgo Barquero, y "Zurito" (ensabanado), de don Manuel Suárez.

En esta corrida el toro "Lucero" (retinto), de Suárez, le persiguió al correr por derecho; cayó el diestro y dejó a su lado el capote, con el que se entretuvo el animal, dando lugar al diestro para ponerse a salvo.

Nuestra Plaza tenía realmente lo que los italianos llaman *jettatura* para el buen lidiador de Chiclana, pues en la corrida siguiente a la referida, la del 12 de abril, al salir de clavar un par de rehiletes al toro "Enanito" (negro), de Durán, fué embrocado, cayendo en la cara; el toro saltó por encima, pisándole y haciéndole ingresar poco después en la enfermería.

Para el 3 de mayo siguiente anuncióse la cuarta corrida de la temporada, constituyendo el cartel seis toros de Durán, Comesaria y Benjumea, para los espadas José Redondo, "el Chiclanero", y Juan de Dios Domínguez, "el Isleño".

Salió en cuarto lugar el toro "Maragato", de don Luis María Durán. Era el bicho de pelo retinto, ojo de perdiz y de magnífica lámina.

Bravo y bien lidiado, dió buen juego en el primer tercio, tomando catorce varas de José



Nicolás Baró

Trigo y Francisco Puerto, a los que dió ocho caídas, matándoles seis caballos.

Cambiado el tercio, cogieron los rehiletes el madrileño Juan Rico, y José Fernández, "Bocanegra"; colocó el primero tres pares, y al hacerlo en el primero suyo "Bocanegra" se retrasó un instante en la salida, en cuyo momento el toro le alcanzó en un derrote, empujándole por el muslo izquierdo, volteándole y corneándole de nuevo con codicia al caer a la arena.

Logró José Redondo sacar al animal de su presa, y el banderillero fué conducido a la enfermería, donde, luego de ser convenientemente asistido, el jefe del servicio facultativo redactó el parte que sigue: "El profesor de Cirugía encargado de esta enfermería da parte a la Empresa de que el banderillero José Fernández tiene tres heridas: una en la región lumbar derecha, transversal, que interesa la cavidad del vientre, con lesión probablemente de alguna viscera, y fracturadas las costillas décima y undécima; otra en la parte externa del muslo izquierdo, de más de tres pulgadas, y la tercera, en la parte superior de la pierna, que interesa los músculos. El pronóstico de la que tiene en la región lumbar es de mucha gravedad. — Doctor Manuel Andrés y Soria."

Practicada que le fué esta primera cura de urgencia, el herido quedó instalado en el Hospital General, donde murió a las cuatro de la madrugada del día 5 de mayo de 1852, siendo enterrado al siguiente día en el cementerio de la Sacramental de San Ginés y San Luis.

La muerte de este muchacho, que se había hecho muy simpático a la afición madrileña en el escaso tiempo que duraron sus actuaciones en la Plaza de la Puerta de Alcalá, fué muy sentida y comentada. Su jefe, José Redondo, "el Chiclanero", ordenó al encargado de la sala de toreros en el Hospital que nada se escatimase para atender a su banderillero, y luego que murió costeó todos los gastos de sepultura y funeral, a cuyos actos concurrieron cuantos lidiadores se encontraban en Madrid y numerosísimos aficionados.

También tuvo José Redondo la atención de abonar a la esposa del infortunado lidiador el importe de todas las corridas de aquella temporada, como si las hubiese toreado, rasgo caritativo que enalteció la memoria del gran matador de toros.

Cinco grandes lidiadores paseaban las calles de Chiclana de la Frontera en los comienzos de 850: Montes, "Chiclanero", "El Cano", "Bocanegra" y Nicolás Baró; sólo este último las volvió a pisar tres años más tarde...



José Redondo, «Chiclanero»



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

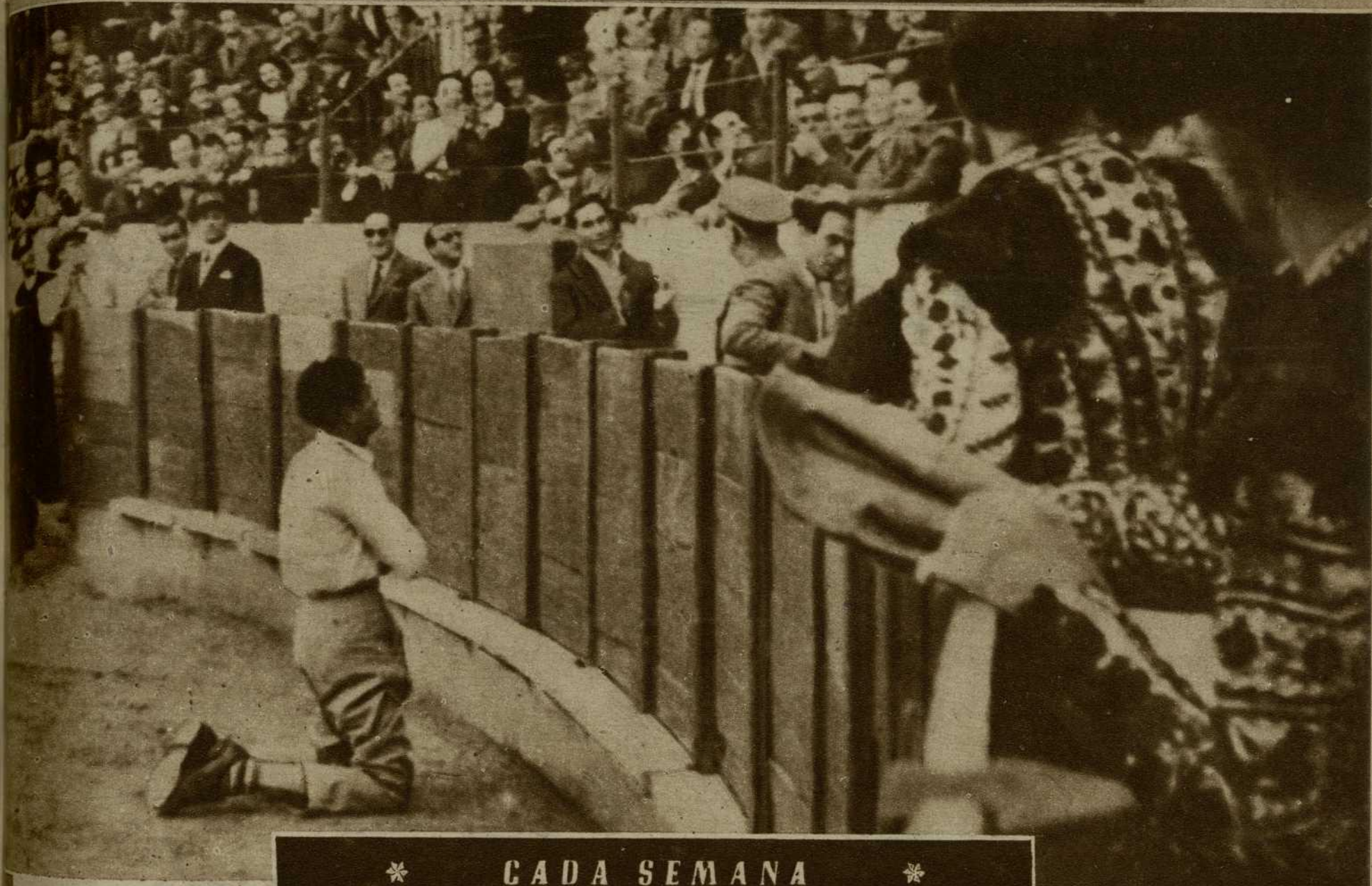
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 265091-265092

Administración: Barquillo, 13

Director: MANUEL CASANOVA

Año VII - Madrid, 30 de noviembre de 1950 - N.º 336



CADA SEMANA



Las escuelas taurinas y los "espontáneos"

LOGRARAN las Escuelas taurinas, que tanto se están prodigando, acabar con la frecuente intervención de los «espontáneos» en las corridas de toros? Lo dudamos mucho. En el ánimo de todos los muchachos españoles que sueñan con ser toreros vibra tal espíritu de aventura, se sienten tan capaces de realizar grandes hazañas, que el riesgo, lejos de ser un freno, es un incentivo. Cuanto leyeron y cuanto soñaron está más en la línea de los lidiadores que se forjaron en las capeas, enfrentándose con toros duros y poderosos, o saltando por las vallas de los cerrados para dar lances a un toro bravo a la luz de la luna, que en la de estos otros muchachos que a veces recorren a diario grandes distancias para ponerse frente a un carretón o torear de salón dando quiebros al viento. En estas lides del toreo —en que es fundamental el valor— atraerá siempre más la Leyenda que la Academia.

Bien están estas Escuelas como medio de proporcionar a tantos muchachos ilusionados con la riqueza y con la fama los conocimientos indispensables para que su presencia en los ruedos, si alguna vez lo llegan a pisar vistiendo el traje de luces, no constituya un espectáculo de angustia ante la indefensión; pero creemos que no evitarán ese gesto audaz e indisciplinado de cualquier mozo que se sienta con arrestos para buscar el renombre dando un salto desde el tendido a la arena mientras despliega atropelladamente la muletilla que lleva arrollada a la cintura.

Más de una vez hemos censurado esta aparición de los «espontáneos» en los ruedos, y no por el gesto en sí, que, al fin y al cabo, todo lo que supone decisión y gallardía suscita admiración, sino porque, aparte ese primer acto de valor, lo demás es puro barullo e ineficacia. Entre el temor del torerillo en ciernes a que los subalternos le sujeten o le arrebatan el engaño, y en la inseguridad de citar al toro en un terreno conveniente, la presencia de un «espontáneo» cuando la res acaba de salir por la puerta de los chiqueros se traduce única-

mente en carreras, sustos y el desorden consiguiente. En esos momentos el toro no está fijado, embiste al azar, vacilando entre las voces y los capotes

que se airean en un círculo estrecho, y en muchas ocasiones «aprende» antes de tiempo o adquiere resabios que luego, cuando la lidia se conforma reglamentariamente, cuesta mayor trabajo corregir, si es que llega a corregirse.

Con la aparición del «espontáneo» se perturba evidentemente la lidia, pues, aparte las incidencias apuntadas, suele producirse entre los espectadores una división de opiniones rabiosa y en muchas ocasiones una parte considerable del público «la toma» injustamente con cualquier peón que logró llevarse al toro en cumplimiento de su deber y obedeciendo a las naturales normas de la autoridad. A la vez ha evitado con un capotazo a tiempo la desgracia de una cogida que se presume inminente. Muchos escándalos importantes hemos presenciado sin otro motivo que ése, y está bien reciente el ocurrido este año durante los «sanfermines», en Pamplona, siquiera no haya que ocultar la simpatía difusa que el arrojado torerillo despierta, cuando, vencido, corre a ponerse de rodillas ante la Presidencia para solicitar su perdón. Tal esta estampa taurina que recoge la fotografía de Cano.

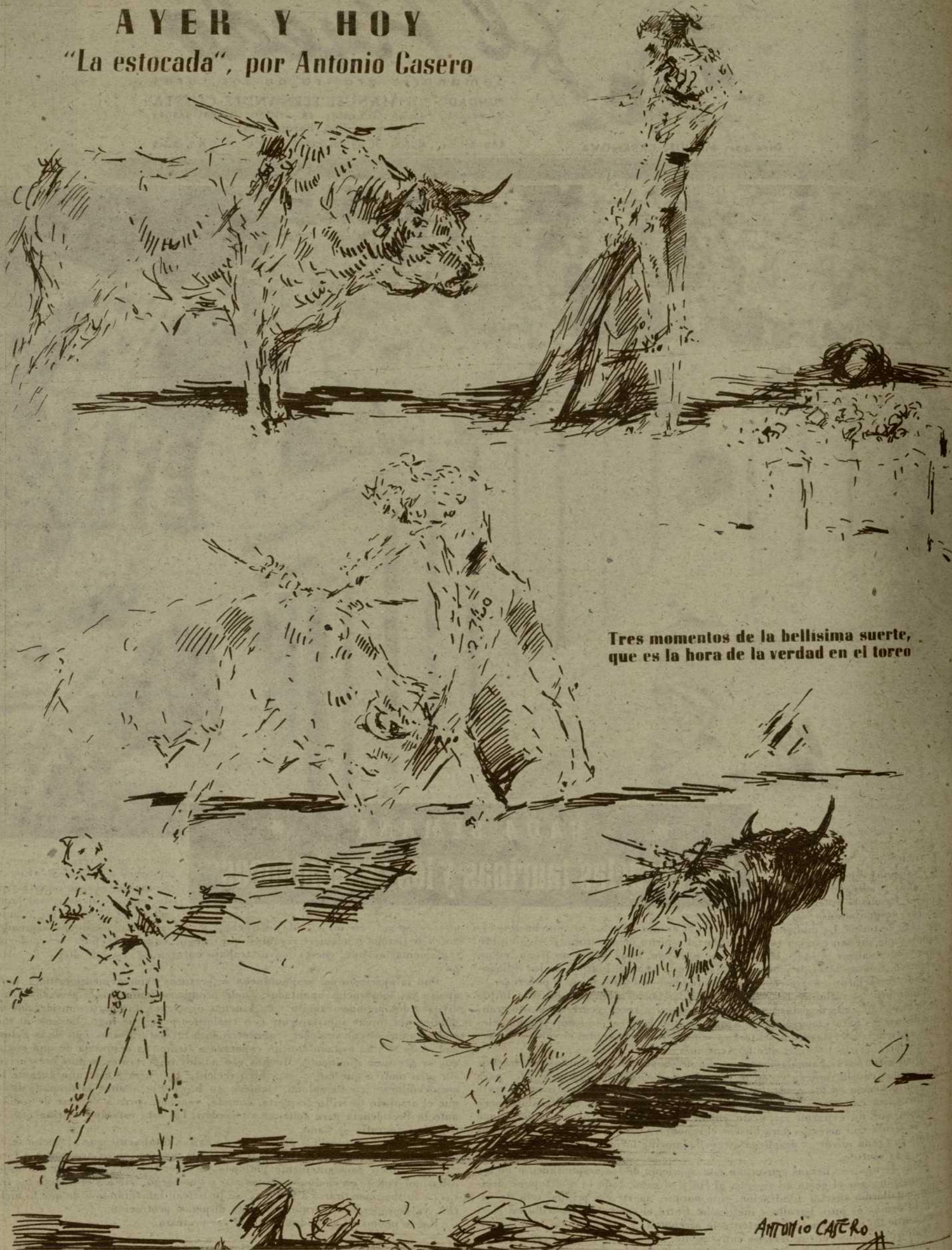
Estas Escuelas taurinas pueden, si no evitar totalmente que el hecho se repita durante la próxima temporada, sí dar un cauce a tantos aspirantes a toreros que andan constantemente pidiendo recomendaciones para que les dejen echar un capote en cualquier tentadero, y que luego, cuando el intento les fracasa y acaban por tirarse a la Plaza, se justifican lamentándose de que lo hicieron, ya desesperados, porque nadie les dispensó protección.

Por lo menos ya no podrán invocar ese pretexto.

EMECE

AYER Y HOY

"La estocada", por Antonio Casero

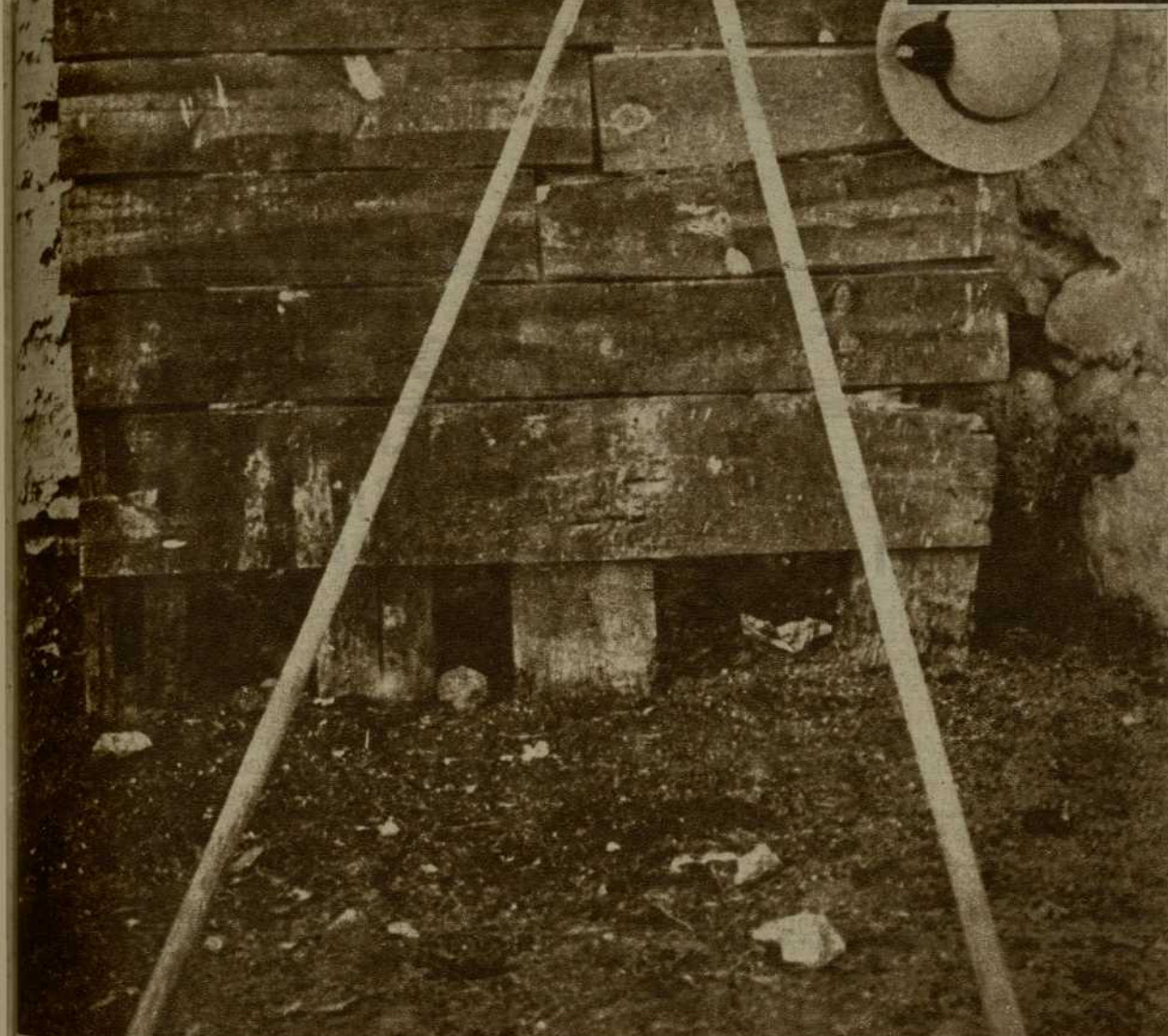


Tres momentos de la bellissima suerte,
que es la hora de la verdad en el toreo

ANTONIO CASERO

VARAS Y VARILARGUEROS

La figura incompleta en el paseo.—Picas y lanzas.—El momento de la «pedrada».—Como palios o varaes.—Una gordura excitante.—Ruido de hierro.—El revanchismo de la caída. Cuando la rama se quiebra y el «pincho» queda dentro



zaña de los piqueros, que es —acaso por un complejo de envidia sentido por los espectadores delgados— lo que más excita las iras cuando el jinete se excede en el castigo, lo que mueve a insultos feroces que los picadores ni siquiera oyen, como no sea al acabar el tercio, cuando recorren el anillo entre terribles dictérios que tienen casi condición de aullidos. Choca el cuerno de la fiera contra el hierro de la «mona» —rasgada, a veces, la calzonera de ante para que el espectáculo, con un pedazo de armadura a la vista, nos traslade a la sensación del torneo medieval—. Campanea, resuena el suelto estribo... El ferrado estrépito tiene algo de encerrada sin cabestros o de golpear de cántaros en galope de caballo de repartidor de leche... Pero todo lo apaga el guirigay y la algarabía de los gritos del público que «se pasa» al lado del toro, que protesta contra el recargado o el barrenamiento mientras del roto colchón del peto saltan verdijones de lana, coágulos de sangre blanca que en algún momento forran y enguatan los pitones, poniendo el algodón antes que la herida.

La caída del piquero es la revancha... El trastazo, la costalada, el golpe tremendo, que no logra amortiguar la arena fracturadora de costillas, son el fin de una parábola aparatosa donde se sacia una ciega sed de venganza... Es seguida los espectadores reaccionan, se avergüenzan y enmiendan porque han dejado asomar demasiado la oreja de sus malos instintos, y se consuelan en voz alta diciendo: «Son de goma... Nunca les pasa nada... Ahí está otra vez, tan campante...» Pero no es verdad. El pobre picador, quebrantado y molido, con los pies lastrados como un bazo, con sus torpes andares de soldado de plomo, sube o es izado otra vez a la débil fortaleza ambulante del caballo o es retirado a la enfermería, dando al aire la frente blanca de su cabeza conmocionada mientras la gente repite su mote, que recuerda un servicio o un oficio, una dinastía familiar o que alude a la dureza de su mano...

Lo peor es cuando la rama de la vara chasca y se quiebra, como en un árbol desgajado, la puya se queda dentro del morrillo, poniendo un tope de hierro a los arpones de las banderillas o al acero del matador. Hasta que el toro, con el espasmo de sus vueltas y movimientos no «escupe el pincho», nadie está tranquilo, porque aquel obstáculo desviaba y hacía rectificar toda la puntería de la lidia. Curada la torticolis, el programa puede continuar.

ALFREDO MARQUERIE

PORQUE salen los picadores sin vara en el paseo de las cuadrillas?... Se nos dirá que también avanzan los banderilleros sin rehiletes y los matadores con el inútil capote de lujo. Pero esta explicación no nos convence ni poco ni mucho. Un picador sin el palo es una figura incompleta y descabalada, falta de equilibrio, algo semejante al funámbulo que cruzara la maroma (sobre el brocal de las Plazas se tendió muchas veces para realizar el difícil ejercicio) sin el contrapeso y balancín de la pértiga. Lo que confiere aire marchoso y asentado a la silueta del picador es precisamente la pica, heredera de la lanza, con la que comenzó la prehistoria de la Fiesta. Picas y lanzas dan altura y dimensión alargada a las estampas de nuestros Tercios gloriosos... Pero en el paseillo los piqueros, que durante mucho tiempo figuraron en el primer lugar de los carteles como un homenaje a su proceridad de caballeros, de hombres que cabalgan por las arenas taurinas y por los romances del pasado, van desprovistos de su arma ofensiva y defensiva. Y se les nota como inquietos, y avergonzados, agarrados sólo al asidero débil de la rienda, clavando espuelas en los ijares huesudos de sus pencos, deseando llevarse la mano al sombrero ante el palco presidencial —ademán que un amigo nuestro define exactamente como «la pedrada», porque, en efecto, parece que se duelen del súbito golpe de un guijarro contra sus duros cráneos—. Hacen mutis lo más rápidamente que pueden, después de haber probado una y otra vez contra los muros de ladrillos del patio el aguante de los caballos al golpe de los puyazos y la posibilidad de que los cuadrúpedos sepan retroceder cuando el jinete se lo manda.

Las picas yacen en el callejón. Están cuidadas como esques y llevan el nombre de sus

dueños. El que las reparte es un poco como el sacristán de una gran procesión de una fiesta litúrgica, y parece que entrega altos cirios con llama de plata, palios o varaes... Los jameigos esqueléticos recuerdan siempre a los caballos del Apocalipsis; son todos parientes del quijotesco Rocinante, y su aire dramático tan explotado desde que surgió aquella idea literaria y pictórica de que son «las víctimas de la Fiesta», contrasta con la gordura y lo-





CUENTOS DEL VIEJO MAYORAL SANCHEZ MEJIAS triunfa en la corrida patriótica

bre. Las dos casas, rivalizando en todo. Detrás, los demás matadores, o sean, Sánchez Mejías, La Rosa, "Chicuelo" y Granero.

En vez de ir como siempre, salieron dando la vuelta a la redonda, y al llegar frente al palco regio, paraban las carrozas, se apeaban los ocupantes y hacían la reverencia a Sus Majestades, que habían sido recibidos al llegar con una ovación enorme que se debió de oír en Annual. Ya se me pasaba este detalle, como tantos otros, porque si me pusiera a relatar por lo menudo, se nos hacía de noche, a pesar de que aun no es mediodía. Paso, pues, por alto la animación de la calle de Alcalá; el mujeriego con derroche de flores, mantillas y pañuelos de Manila; el adorno de los palcos, con colgaduras prestadas por la aristocracia, y el ramillete que aparentaba el palco de los reyes. Y voy al toro: primero, de rejon, de Moreno Santamaria, grande y bien armado. Los caballeros en Plaza, vestidos como el capitán Centellas del "Tenorio", estuvieron muy valientes, clavando cada uno tres o cuatro rejon y Cañero un par superior de banderillas, con la desgracia de sacar ambos heridas las jacas, aunque no de importancia. "Rodalito" estuvo valiente, pero pinchó bastante. El segundo era de Pérez Tabernero; fué bravo y de muy buena presencia. Botín estuvo bien, pero nuevamente fué cogido, y Cañero toreó admirablemente a caballo, haciendo demostraciones de la doma exquisita de su jaca. Puso un rejón que dejó al toro medio muerto, por lo cual, Antonio "el de las Torrijas" sólo necesitó cinco o seis pases y media estocada para acabar con el de Salamanca. ¡Y ahora si que viene lo bueno! Salen unos reclutas a preparar una tarima para el director de orquesta; se oye un largo toque de llamada, y por las tres puertas (de Madrid, de toreros y de arrastre) entran dos mil soldados, con sus bandas de música y de cornetas y tambores, que se colocan formando una cruz. Hay entre ellos algunos sacerdotes. Se hace un silencio sepulcral. Se oyen los golpecitos de la batuta del maestro Serrano. Y en el momento en que aquellas numerosísimas voces empiezan a cantar a coro: "Soldado soy de España y estoy en el cuartel...", se nos forma a todos un nudo en la garganta y el corazón se desboca y... ¿para qué seguir? Cuando un cómico del Infanta Isabel (me parece que le llamaron Paco Hernández) grita: "¡Soldados: la Patria entera —para vosotros sagrada— palpita en esta bandera que os entrega la nación", pues... ¡a llorar se ha dicho! Pero todos, hombres y mujeres; títulos y pueblo; quien más, quien menos...

Y vamos a la lidia ordinaria, que fué más de lo segundo que de lo primero. El toro nuestro empezó muy bien, pero se afligió después del segundo puyazo y acabó cumpliendo regularmente. "El Gallo" ofreció los palos a Granero y los dos estuvieron vulgares y pesados. Al tocar a matar, Rafael saludó a los reyes y a la Presidencia, y brindó a los soldados, que, por cierto, habían

escuchado antes una ovación imponente, teniendo que repetir la canción. El cañi despliega la muleta y vemos que en ella pone, por un lado, "¡Viva el Ejército!" y, por otro, "¡Viva España!" Todos creímos que iba a hacer algo grandioso y, en efecto, empezó con gracia y compostura y cerquita de los pitones. Pero a los pocos pases dió un pinchazo y tiró la muleta para saltar al callejón más libremente. Después, pocos pases más y dos sablazos a la media vuelta en la tabla del cuello. A pesar de todo, escuchó palmas, porque "El Gallo" es... "El Gallo" y tiene la simpatía por arrobos.

Belmonte no tuvo suerte, pues le tocó un toro de la Viuda reparado de la vista y mansurrón, al que "Magritas" puso unos pares "de buten". Juan le aliñó brevemente y le mató de un pinchazo y una delanterilla.

El mejor toro de la tarde fué el tercero, de Natera, cárdeno, bragao, buen mozo y cornialegre. Se llamaba "Cristalino" y a fe que Ignacio le sacó partido de largo, pues creo que, de todas las faenas que ha hecho en Madrid, la de ayer fué la más completa. No se le olvidará fácilmente la fecha del 26 de septiembre de 1921. Y eso que toreó sin estar en condiciones, con todo el pecho escayolado y saltándose "a la torera" la opinión de los médicos.

No había hecho "Blanquet" más que recortar una vez al toro, cuando se oyo decir al matador: "¡Déjalo, déjalo!" Y de buenas a primeras le dió media docena de verónicas, con valor imposible de suponer y con más arte y enjundia que otras veces. El público se puso en pie y le tributó una ovación, que ya no paró en toda la lidia... ¡Qué dos quites! ¡Qué par, al cambio, en las tablas del uno, más escalofriante! ¡Pues anda, que el tercero, de poder a poder — el segundo lo puso La Rosa — tampoco fué moco de pavo! Con la muleta, el delirio, el *sumun* y el *acabóse*. Tres pases sentados en el estribo. Otro por alto, pegado a las tablas y luego una serie de pases metido; no va en el terreno del toro, sino dentro del toro mismo. Y para colmo, un pinchazo en la yema y una estocada superiorísima. Ovación, oreja, sombreros, puros, mantones de Manila, ramos de flores encarnadas y amarillas y, desde un aeroplano, más flores... ¡El *disloque*, la locura, el *non plus*!

Después de esto, es mejor que me calle y no diga nada del Villalón, mansote; del Villamarta, sosote, y del Villagodio, grandote. De la faena de La Rosa, de pocos pases y poco aroma. De "Chicuelo", que hizo novillos con la muleta y con la espada resultó un sablista, y de Granero, que con un estoconazo puso fin a la corrida patriótica, después de una faena completamente apagada. Yo creo que los tres se quedaron turulatos de ver el valor de Sánchez Mejías, a pesar de no estar hoy en las debidas condiciones.

LUIS FERNANDEZ SALCEDO

CUANTO siento que, por estar de luto, no hayan podido ver ustedes esta corrida! Claro que lo peor es el motivo; pero, de todos modos, no creo yo que fácilmente vuelva a repetirse un festejo de tal categoría. Lo de menos ha sido la corrida en sí —a pesar de que Sánchez Mejías ha estado superior con el toro de Natera—, y lo más notable... el aparato, digámoslo así, de que todo se ha visto rodeado, recordándonos, a los viejos, las llamadas corridas regias.

Digamos, para empezar, que mucha gente se ha quedado en el tendido de los sastres, por no encontrar billete, y eso que los precios eran de altos la cosa nunca vista. Valían las barreras a 500 pesetas; los palcos, mil duros.

Ni que decir tiene que se destacaba una enorme Cruz Roja de bulto, la cual, de pronto, se abrió para dar salida a un maniquí representando la enfermera del cartel, el cual, como saben ustedes, estaba pintado nada menos que por Romero de Torres. Mucha gente se creyó que era una mujer de verdad; tal estaba de propia.

Ahora que lo definitivo fué el despejo de la Plaza. Yo bien quisiera tener el *expiqué* necesario para estas ocasiones; pero hartito conozco que estoy falto. Figúrense ustedes a los cuatro alguaciles y después la carroza del duque de To-var, padrino de don Adolfo Botín, que iba con él dentro del carruaje. A los estribos, "el Gallo" y "Rodalito"... Pajes, palafreneros... ¡el *disloque*! Después, la carroza del conde de Heredia Spínola, llevando consigo a don Antonio Cañero y marchando Belmonte y Antonio Sánchez junto a las portezuelas, más la correspondiente servidum-

TENTADEROS

FIESTA TAURINA

EN

«CUEVAS DE ARTAZA»



La ganadera, señora viuda de Olivares, con los diestros que tomaron parte en la fiesta

MANOLETE tenía contraído con la señora viuda de Olivares compromiso formal de dirigir, siempre que sus compromisos profesionales no se opusiesen a ello, el tentadero de la ganadería que esta señora y excelentísima aficionada posee en «Cuevas de Artaza», el típico cortijo cordobés. En diversas ocasiones acompañamos al genial lidiador a estas faenas y recordamos que la última de ellas la realizó casi al borde de su muerte, próximo a iniciar la temporada de 1947, última de su vida. «Manolete» se encontraba en Jerez, sometido a entrenamiento, y de allí vino a Córdoba expresamente a «hacer» la fiesta de esta ganadería. Recordamos que le acompañaban en aquel viaje «Gitanillo de Triana», «Carnicerito de Málaga» y su sobrino «Lagartijo».

Conchita Barzanallana —la ganadera señora o la señora ganadera— sintió con gran hondura la muerte del torero admirado y del gran amigo, que siem-

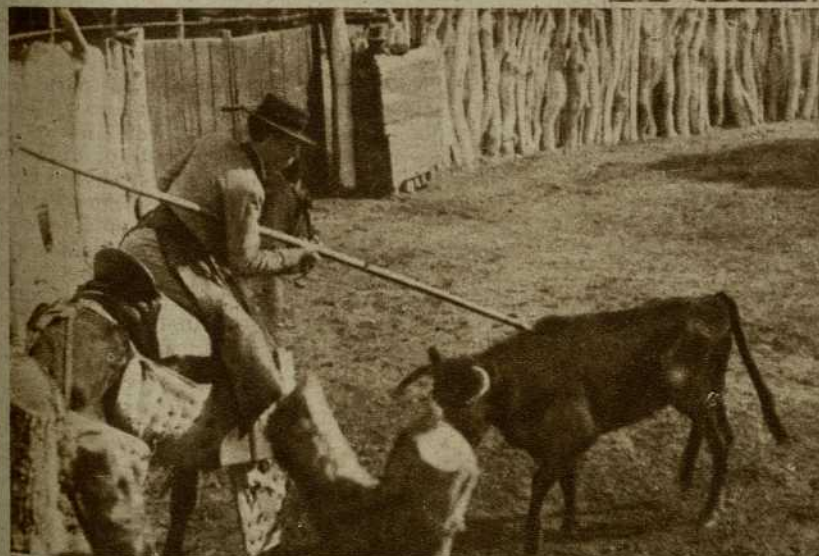


pre supo tener para ella delicadas deferencias y múltiples atenciones. Y desde entonces hasta hoy —hasta esta fiesta a que vamos a referirnos— no se hicieron faenas, de manera «oficial», en la vacada de la señora viuda de Olivares. Por ello nuestro recuerdo, al volver a las «Cuevas de Artaza» al cabo de los años, ha volado hacia la figura del torero desaparecido, mientras otros muchachos, plenos de ambiciones, ansiosos de continuar las glorias de aquél, llevaban a cabo en el redondel de la placita cortijera las labores de prueba y selección de las reses destinadas al tentadero.

Más de una veintena de ellas fueron irrumpiendo en la arena. Y cabe decir que en su mayoría se hicieron acreedoras a la aprobación de la ganadera, puesto que acometieron desde largo a los caballos y para la capa y la muleta se mostraron igualmente suaves y pastueñas. Ello dio lugar a que la concurrencia —distinguidos aficionados de Madrid, Sevilla y Córdoba— pasasen unas horas de solaz, con la intervención acertadísima de los matadores de toros José María Martorell y Manuel Calero, «Calerito», y los novilleros Rafaelito Sánchez Saco, Ángel Martorell y Antonio de la Haba, «Zurito», hijo este del ex matador de toros del mismo apodo, que también, en unión del rehiletero «Vito», sirvió de auxiliar en las faenas. E incluso la propia ganadera hizo sus «pinitos» taurinos, mostrándose con un valor y arte que para si quisieran algunos que de toreros presuman.

Fiesta agradable la que comentamos para cuantos a ella asistieron, pues se multiplicaron las atenciones de la ganadera —secundada por su administrador, Manolo Aparicio— en honor de sus invitados. Sólo para nosotros, los que otras veces asistimos a aquellas fiestas inolvidables en las «Cuevas de Artaza», hubo una evocación triste: la de aquella figura de elegantes perfiles, maestro en el arte de lidiar reses bravas, que en todos sus actos tuvo una personalidad inconfundible.

JOSE LUIS DE CORDOBA



Los marqueses de Ciria y varios invitados extranjeros

Una vaquilla codiciosa

Conchita Barzanallana toreando de muleta



Un pase con la derecha de José María Martorell

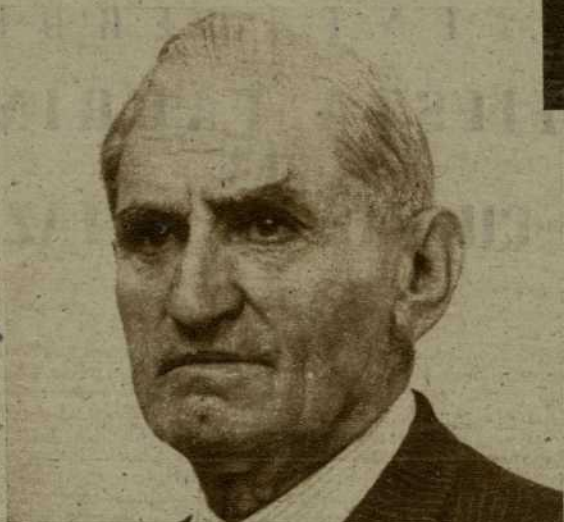


Un pase en redondo de «Calerito»



Interviene Rafaelito Sánchez Saco (Foto Ricardo)

LA CAMPANA GANADERA EN LA PLAZA DE MADRID



Don Felipe Bartolomé, propietario del bravo toro «Fuentes», ganador del premio de 5.000 pesetas ofrecido por el Ayuntamiento para el mejor ejemplar de la semana de San Isidro

A lo largo de la temporada fueron apareciendo semanalmente en las páginas de esta Revista el resultado y la apreciación crítica de las reses lidiadas durante el año actual—en festejos serios— en la Plaza de Madrid. Así, pues, creemos innecesario entrar ahora en detalles, limitándonos a la breve relación estadística de los bichos jugados de cada ganadería, procurando señalar aquellos animales que, a nuestro modo de ver, mas hubieron de distinguirse por su presentación y trapío, como por su bravura y otras relevantes condiciones.

Justo es hacer notar que a la categoría de la Plaza madrileña respondieron los ganaderos—salvo ligeras excepciones— enviando corridas y novilladas dignas casi todas ellas de la catedral del toreo. Y de unas y otras salieron al ruedo muchos toros bien criados, bravos y manejables, aunque también—por fortuna en ínfima proporción— algunos de deficiente tipo zootécnico y de mediocres cualidades para la lidia.

En total se lidiaron 303 reses—72 en corridas de toros, 228 en novilladas y tres en la suerte de rejones— pertenecientes a los ganaderos siguientes:

ALBARRAN (don Arcadio). 6 de agosto: Seis novillos bien presentados y con poder. Los dos primeros mansurrónes, pero sin peligro, y los otros cuatro, fáciles y suaves. Sobresallaron por su bravura y nobleza—siendo aplaudidos—, el cuarto y el sexto, «Ecijano», número 38, y «Que-sero», número 45.

ALBAYDA (señor marqués de). 16 de julio: Seis novillos desiguales en presentación y condiciones, de los que hubo de destacarse el segundo, «Mafrío», número 48, bicho de estimables cualidades.

ARRANZ (don Manuel). 12 de marzo: Seis novillos con tipo, casta y nobleza. El segundo hubo de ser tostado—última vez que se emplearon las banderillas de fuego— y los otros cinco se creyeron en varas y embistieron con bravura y do-

ilidad. 26 de mayo: Seis novillos terciados, bravos y de poca fuerza. Cuatro fueron aplaudidos en el arrastre, distinguiéndose particularmente «Ramillero», número 47; «Blanquito», número 23; y «Palmito», número 20. 18 de junio: Seis toros, gordos y flojos de remos, pero docilones. Por su completa pelea se aplaudió al quinto, «Estudiante», número 51.

BARTOLOME (don Felipe). 21 de mayo: Cinco toros bravos y nobles, especialmente los primero, tercero y sexto: «Moñiguero», número 46; «Pelofino», número 39, y «Fuentes», número 22, ovacionados al pasar al desolladero. El último, bravísimo y dócil ejemplar, fué calificado como el mejor toro de la semana de San Isidro, y por tanto, el ganador del premio de 5.000 pesetas ofrecido por la Comisión de Festejos del Ayuntamiento. Y a propósito, se ha realizado ya la entrega de dicho premio.

BATANEJOS. 20 de agosto: Seis novillos terciados y de varias condiciones. Distinguióse y fué aplaudido el corrido en primer lugar, «Palillero», número 6.

BENITEZ CUBERO (don José). 21 de septiembre: Cinco novillos terciados con poca fuerza y fáciles. El primero y el tercero, «Farruco», número 59, y «Dibujante», número 17, resultaron muy buenos. Para ambos sonaron palmas en el arrastre.

BUENAVISTA. 30 de abril: Dos novillos con carnes, pero regulares en la lidia.

BUENDIA (don Joaquín). 16 de mayo: Cinco toros terciados, pero bravos, alegres y nobles en su totalidad. Como animal de bandera destacóse el segundo, «Balconero», número 33, extraordinario ejemplar, de los que se ven pocos por los ruedos.

CASTILLO DE HIGARES. 12 de octubre: Seis novillos con trapío, bravos, codiciosos y nobles. Se aplaudió a cuatro en el arrastre, resultando los más completos «Volador», número 7, y «Benjenjo», número 90, jugados en segundo y tercer lugar.

CERROALTO. 17 de septiembre: Seis novillos desiguales de tamaño. Cuatro fueron blandos y cobardes y dos de mejor estilo. El cuarto lució las banderillas negras y los dos últimos resultaron bravos y manejables.

ESCOBAR (don José). 15 de junio: Un novillo para rejones, que salió sosote.

ESCUDERO CALVO HERMANOS (don Antonio). 19 de mayo: Seis novillos finos y bien presentados. Cuatro fueron muy buenos, uno inmejorable—«Molinero», número 50, justamente ovacionado— y otro mansurrón. 28 de septiembre: Cuatro novillos, terciados y sin poder, pero alegres y suaves.

FONSECA (doña María Antonia). 19 de marzo: Cinco novillos gorditos, de buena estampa y fáci-

les. Sobresalio el cuarto «Tendido», número 55. Bicho bravo, celoso y noble, al que se premió con fuertes aplausos. 18 de julio: Un novillo con mucha casta y gran nobleza—«Jabanero», número 64—, que dió magnífica lidia.

GALACHE (señora Viuda de). 20 de mayo: Seis novillos gordos y recortaditos, que dieron buen juego.

GARCÍ GRANDE (señor vizconde de). 29 de junio: Seis novillos con hechuras y con casta, que cumplieron como buenos. Al primero se le condenó precipitadamente a lucir banderillas negras. Para el segundo y el tercero, «Presumidote», número 93, y «Claverito», número 94, sonaron aplausos al ser arrastrados.

GARCIA ALEAS (don Manuel). 11 de junio: Un novillo, bueno. 25 de junio: Dos toros bravos y nobles, particularmente «Arriero», número 1, estupendo animal que pasó al desolladero entre gran ovación. 28 de septiembre: Dos novillos, codicioso y dócil uno, al que se aplaudió, y voluntarioso el otro.

GOMEZ (señora Viuda e Hijos de don Félix). 23 de abril: Seis novillos muy terciados, pero bravitos y codiciosos. Al segundo, «Cantueso», número 20, le prodigo el público sus aplausos. 18 de julio: Cinco novillos de buen corte y bravos, destacándose el primero y el cuarto, «Malagueño», número 95, y «Aguardentoso», número 15, ovacionado en el arrastre. 1 de octubre: Seis novillos parejos. Dos de ellos, «Mochuelo», número 13, y «Gracioso», número 7, merecieron la calificación de superiorísimos.

GONZALEZ (doña María Amparo). 25 de junio: Cuatro toros con pocas chichas y menos fuerza, aunque facilones. 23 de julio: Seis novillos de bonita lámina, que ofrecieron desigualdad en la lidia.

GONZALEZ (don Manuel). 18 de mayo: Cinco novillos bien cuidados y en conjunto buenos. Principalmente el tercero, «Fogonero», número 33, novillo bravo y celoso, al que se aplaudió calurosamente.

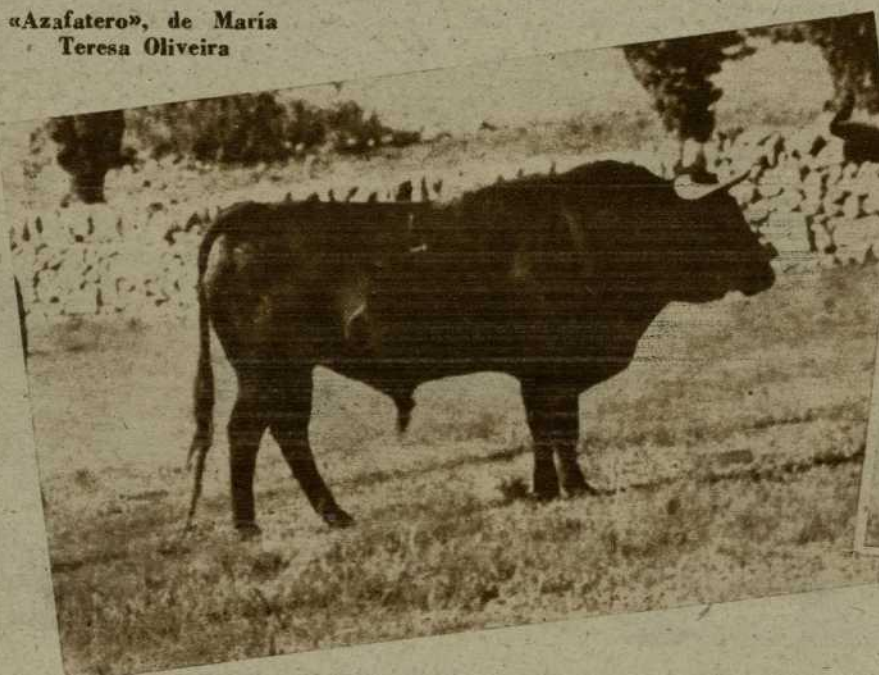
HERNANDEZ (don José María). 2 de abril: Seis novillos de buena presencia, que cumplieron bien en todos los tercios.

HIDALGO Y MARTIN (señores). 30 de julio: Seis novillos con kilos y aceptables.

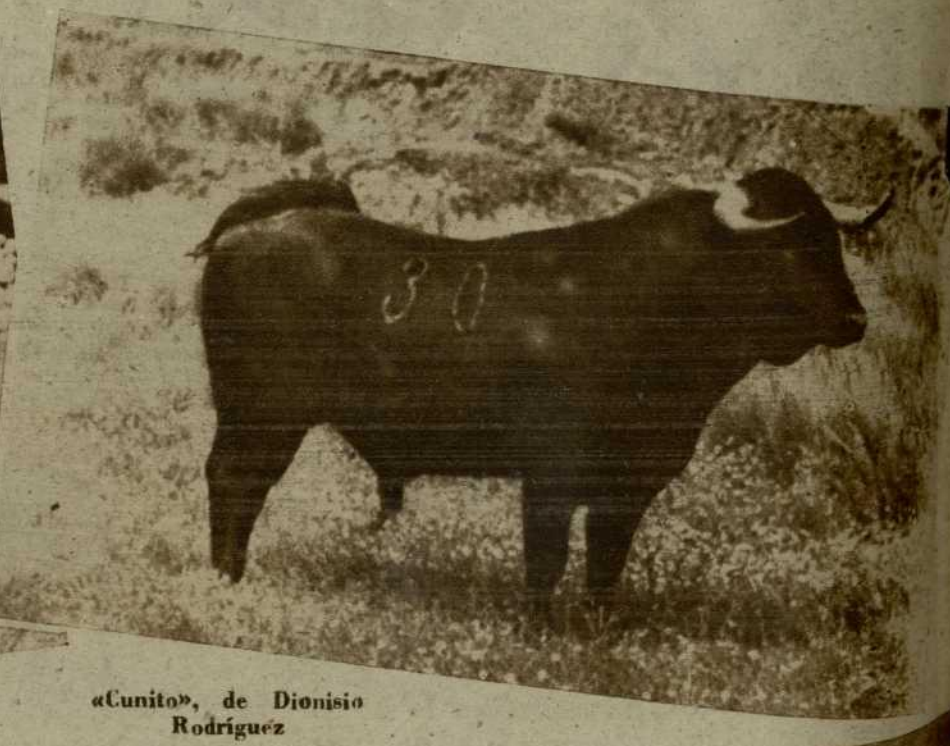
JIMENEZ (don Antonio). Envío para el 1 de abril seis novillejos chicos y mal presentados, rechazados de plano por los veterinarios, dando origen a la suspensión del festejo. Cuidados por la Empresa, se lidiaron después, sueltos, por este orden: 30 de abril, dos novillos, bueno uno y regular el otro. 18 de mayo: un novillo, pequeño y corretón. 3 de septiembre: Dos novillos, bravo y alegre el primero—«Corro», número 41, aplaudido— y manso el segundo. 21 de septiembre: Un novillo, que se portó medinamente.

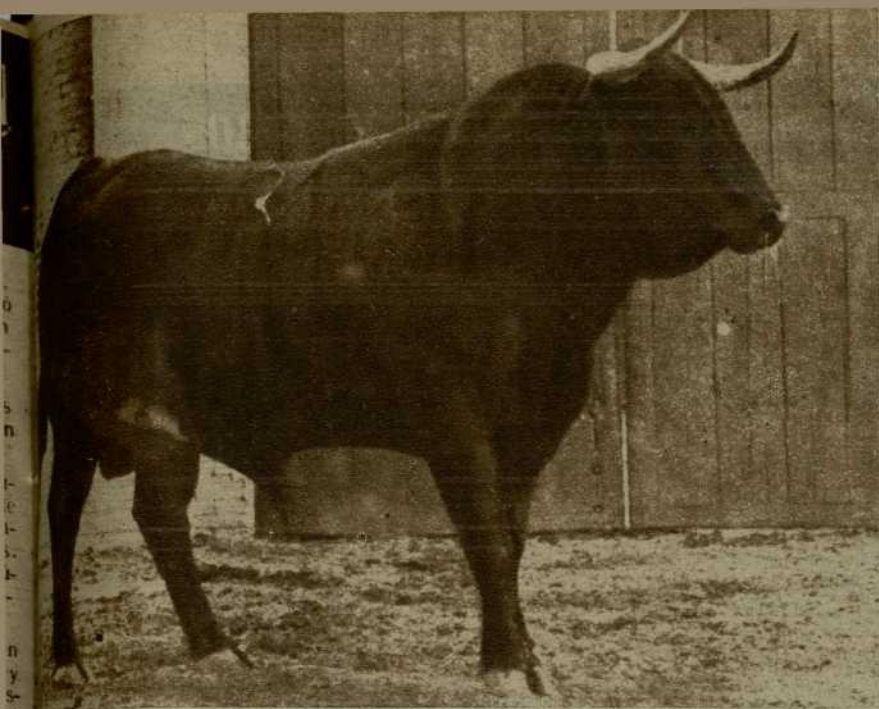
LANCHA (don José María). 8 de junio: Seis no-

«Azafatero», de María Teresa Oliveira

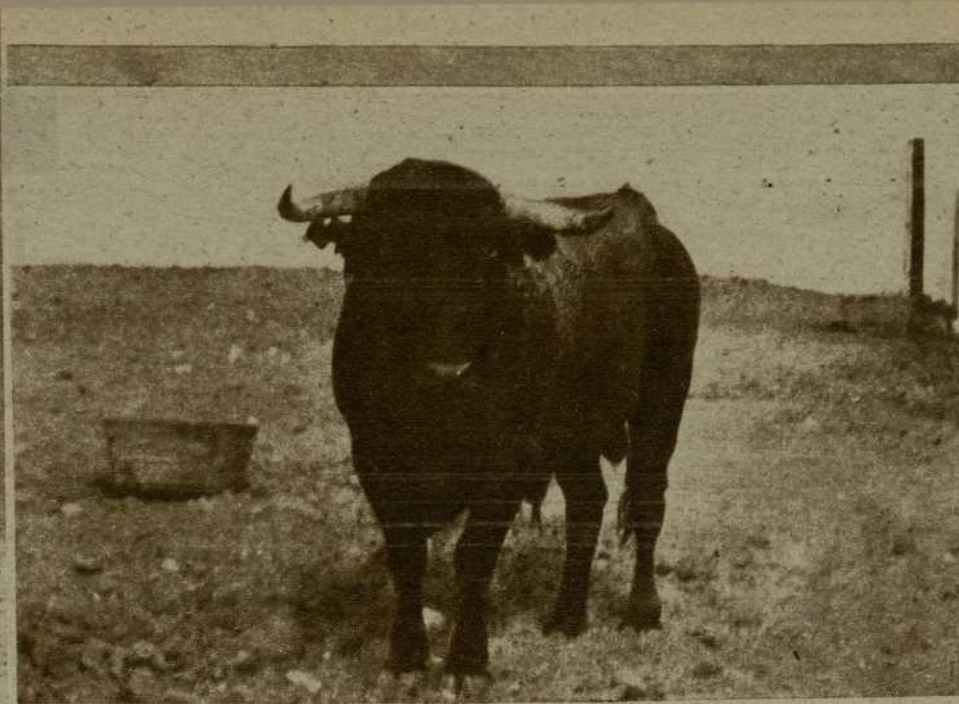


«Cunito», de Dionisio Rodríguez





«Expendedor», de Isaías y Tulio Vázquez



«Balconero», de Buendía

los, con casta, trapío y dóciles. Se aplaudió a los. El sexto, «Corajudo», número 31, fué superior en todos los momentos de la lidia.

LOPEZ NAVALON (don Nicasio). 10 de septiembre: Seis novillos, en general, bien presentados, blandos y sosos. El primero fué aplaudido, el sexto, por cobarde, lució las banderillas negras. 8 de octubre, seis toros, gordos y de buena lamina. El primero —«Cacharrero», número 12— resultó muy bravo, siendo aplaudido, y los cinco restantes salieron sin dificultades, aunque dando muestras de baja casta.

MONTALVO (señores Herederos de doña María). 1 de junio: Seis novillos gorditos y jóvenes. Cuatro manejables y dos de regulares condiciones. 5 de octubre, seis toros de aceptable presencia y fáciles, pero blandos y sosos.

MUNEZ (don Carlos). 19 de marzo: Un novillo con trapío y superior en el último tercio.

OLIVARES (señoras Herederas de don Alfonso). 1 de julio: Cinco novillos de buena presencia y toros.

OLIVEIRA (doña María Teresa). 7 de mayo: Seis novillos, finos bravos y nobles. Fueron aplaudidos cuatro de los mismos, distinguiéndose por su casta el quinto, «Azafatero», número 41.

ORTEGA (don Domingo). 9 de julio: Seis novillos, terciados y con casta. Sobresaliendo por su bravura el quinto, «Fumador», número 12, al que se dió la vuelta al ruedo; 24 de septiembre, seis novillos, gordos y de cómoda cabeza, que resultaron magníficos para los toreros. Se ovacionó a varios bichos en el arrastre.

PABLO ROMERO (don José Luis). 14 de mayo: Seis toros magníficamente presentados y nobles. Ovacionados tres de ellos en el arrastre.

PEREZ (don Antonio). 15 de mayo: Seis toros

con romana y trapío; regulares en conjunto. El primero inauguró las banderillas negras, y el quinto, «Volatinero», número 3, fué estupendo, por lo que se le ovacionó; 11 de junio, cinco novillos desiguales y con poca fuerza. El primero y el sexto, «Desastroso», número 100, y «Bellotero», número 80, lograron los aplausos del público por su bravura y bondad; 22 de junio, cinco novillos gorditos, pero sin seriedad ni poder; 1 de julio, seis novillos bien presentados, pero blandos y mansurrones. El primero fué condenado a banderillas negras.

PEREZ TABERNERO (señores hijos de don Graciliano). 4 de junio: Cinco novillos, terciados y bravos. Fueron aplaudidos los primero, segundo y sexto. Este último, «Fechoria», número 26, re-extraordinario.

RODRIGUEZ (don Dionisio). 13 de agosto: Seis novillos con arrobas, bravura y docilidad. Casi todos fueron al desolladero entre los aplausos del público, y dos de aquéllos, segundo y tercero, «Ballador», número 29, y «Cunito», número 30, obtuvieron la calificación de toros de bandera.

RODRIGUEZ SANTANA (don Ignacio). 27 de agosto: Seis novillos con cuajo y sin malas intenciones. El cuarto llevó banderillas negras, y el primero, «Garzo», número 9, mereció la ovación que el público le tributó por su bravura y nobleza.

RODRIGUEZ PACHECO HERMANOS (señores). 2 de julio: Un novillo cobardón; 8 de octubre, un novillo bravo y dócil para rejones.

RUISENADA (señor conde de). 30 de julio: Un novillo para rejones, mansurrón; 15 de octubre, seis novillos gorditos, sosos y con poco poder.

SANCHEZ Y SANCHEZ (don Ignacio). 16 de abril: Seis toros con armazón y docilones. Se

aplaudió a los segundo y cuarto, «Benigno», número 103, y «Hacendoso», número 278; 3 de septiembre, cuatro novillos, escurridos, pero manejables.

SANCHO (doña Francisca). 26 de marzo: Seis novillos, criados por la Empresa, de los que uno, el segundo, resultó muy bueno y aplaudido —«Ventolero», número 7—; tres, aceptables, y dos, broncos; 30 de abril, dos novillos, mansurrón uno y voluntarioso otro; 4 de junio, un novillo, terciado y mansurrón; 15 de junio, un toro, blando en varas y superior para los toreros —«Placista», número 14—; aplaudido en el arrastre; 22 de junio, un novillo, que resultó manso y proboncete.

TABERNERO DE PAZ (don Alicia). 16 de mayo: Un toro que cumplió bien.

TASSARA (don Clemente). 17 de mayo: Seis toros, finos y con casta, de los que fueron aplaudidos el primero y el cuarto, «Señalado», número 27, y «Ballarín», número 10.

URQUIJO (don Antonio). 15 de junio: Cinco toros, excelentemente criados, bravos y nobles, aunque algunos flojearon de las extremidades. Fueron aplaudidos varios bichos, y particularmente el primero, «Vinatero», número 20.

VAZQUEZ (don Isaías y don Tulio). 9 de abril: Seis hermosos y bravos toros con romana y poder. Justamente se ovacionó a los cuatro últimos: «Bragadito», número 63; «Estanquero», número 36; «Expendedor», número 31, y «Porquet», número 22; 15 de agosto, seis novillos, lustrosos y con casta, de los que sobresalió por sus excepcionales bravura y nobleza, el quinto, «Famoso», número 29, bicho que, entre clamorosa ovación, hubo de ser paseado por el ruedo.

VILLAGODIO HERMANOS (señores). 21 de mayo: Un toro, bravo y dócil —«Topillero», número 8—, aplaudido en el arrastre.

Y éste es, salvo error u omisión, el balance ganadero de la temporada de 1950 en las arenas de la Plaza madrileña.

AREVA.

«Fogonero» o «Alpargatero», de Manuel González



«Berenjeno», de Castillo de Hígaras





PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

No hace muchos días nos mostraban una foto de un famoso diestro pasando de muleta a un toro sorprendente por su trapío. Escamados de las perspectivas fotográficas, que lo mismo aumentan que disminuyen a los ojos el tamaño de las cosas al contemplarlas en un mismo plano, solicitamos ver otras de la misma faena, y cuando las hubimos contemplado todas con minuciosidad, exclamamos convencidos: "De lo que no hay duda es de que el toro era un buen mozo."

La réplica de quien ufanamente nos enseñaba tales documentos gráficos fué inmediata: "Pues ya ve usted —dijo—, ese toro y los otros cinco de su hierro que se lidiaron aquella tarde, fueron multados por uteros."

Volvimos a repasar, ligeramente mosqueados, las fotografías. El toro, indudablemente hermoso, estaba además bien encornado, tenía el morrillo alto y apretado y larga cola. En las fotos, al menos, no delataba esa juventud que costó al ganadero una sanción. El público, por desconado, aplaudió el trapío de las reses.

El hecho induce a volver sobre viejos temas, aprovechando que ahora los ganaderos se reúnen para tomar acuerdos relacionados con sus intereses ante la próxima temporada. Las notas que a la cola de las informaciones taurinas suelen publicarse sobre multas impuestas a ganaderos por unas u otras causas hacen sonreír a los lectores aticionados, aunque no tanto como sonreirían, o reirían a carcajadas, si las notas hubieran aparecido tras las correspondientes crónicas o reseñas de las corridas objeto de sanción.

Pero no es éste el objeto de nuestro comentario, sino las reuniones de los señores ganaderos. Sin duda, en primer término quizá, tratarán, o trataron ya, del precio de los toros, si no para fijar uno, si para que mueva entre un mínimo y un máximo. Es natural que así sea y no nos parece reprochable en tal de que el precio máximo sea prudencial y de acuerdo con las circunstancias.

También habrán tratado, mejor dicho, han tratado, según nos aseguran, de las sanciones de que con tanta frecuencia son objeto no siempre por sus propias y exclusivas culpas. Deben pretender, aunque sólo sea por el prestigio de sus divisas, evitarlas en lo posible. Querían llegar a un acuerdo sobre un peso mínimo en vivo, con lo que lograrían cortar en seco las multas por falta de peso, si es que no se permitían lidiar los que bajaran del mínimo fijado. El beneficio que con la medida obtendría el público y también la propia Fiesta no es preciso resaltarlo.

De lo que no se ha dicho si han hablado es de una edad mínima de las reses, tan fácil de controlar por ellos, y éste es un punto del mayor interés que no debe soslayarse. No vamos aquí a abundar en la conveniencia de que los toros tengan cumplidos, por lo menos, los cuatro años; pero si en la absoluta necesidad de que si se admite que se lidien con menos, sea tras la reforma del artículo correspondiente del Reglamento, y en caso contrario, aunque los toros aparezcan como en la corrida a que nos hemos referido antes, se imponga una sanción especial, muy fuerte, ya que el engaño del ganadero no tiene paliativos en estos casos. El puede saber mejor que nadie la edad de sus reses, y si las envía para una corrida, a pesar de la inminente sanción, es porque se ha cubierto de ella con el dinero cobrado. La pérdida automática de su valor íntegro no rebasaría los límites de lo justo y sería suficiente para que no volviera a incurrir en el engaño.

Sobre el *afeitado* de pitones, del que también se dice que se han ocupado, es más difícil concretar responsabilidades. Los toros pueden arreglarse, cuando son becerras, en la dhesa, poco antes de ser embarcados, y en los corrales de la Plaza en que van a lidiarse. En el primer caso, la responsabilidad puede ser, lógicamente, exclusiva del ganadero, que pretende conseguir una cierta uniformidad en las cornamentas, sin que a la hora de lidiarse pueda advertirse el engaño, pues los cuernos se desarrollan sin ofrecer a la vista efectos de mutilación; en el segundo, resulta evidente la complicidad de ganadero y diestros, y en el tercero, la de diestros y empresario, con la vista gorda del ganadero. Si no el primero, porque tiene menor importancia, los dos últimos deberían vigilarse con disposiciones dictadas al efecto más concretas de las que se contienen en el actual Reglamento.

(Dibujos de Ismael Cuesta y Francisco de la Calle.)



EL PLANETA DE LOS TOROS

Resumen de mi temporada UN CABALLO TORERO

FUE el 19 de marzo cuando vi por primera vez en la temporada a este caballo "Halcón". Torearon ese día un festival en Alcázar de San Juan el duque de Pinohermoso, "Cagancho", Domingo Ortega, Antonio Bienvenida y "Parrita". Toreaba también "Halcón".

Es raro el torero que no ha tenido un padrino. El padrino es uno de los elementos más pintorescos del planeta de los toros. Ya hemos hablado de él en varias ocasiones. Es aquel que se constituye en mentor de un torero y que se compenetró tanto con su ahijado, que llega un momento en el que se cree que éste torea porque lo inspira él, que es él el que maneja el capote y la muleta desde el tendido por medio de un flúido misterioso del que tiene el secreto, y que si este flúido no existiera el torero se vendría abajo y quedaría como la "chana".

"Halcón", el caballo torero, tiene su padrino correspondiente. El duque de Pinohermoso. ¡Ah!, pero Pinohermoso no es un padrino vulgar. Es un verdadero mentor. Es un auténtico guía y consejero. Muy mozo era el duque cuando aprendió equitación allí en el colegio teresiano de Viena. Desde entonces jamás ha dejado de montar. Muchos caballos pasaron por sus manos. Ninguno como "Halcón", me atrevo a añadir por mi cuenta. Pinohermoso, en su vida de jinete, ha practicado todos los deportes que se pueden ejecutar a caballo. El último, el del rejoneo. Sin menospreciar a ninguno de los otros, el más bello, arriesgado y difícil. Para rejonear, no sólo es preciso que el caballero conozca la técnica, mida el esfuerzo, posea la gracia y domine el valor; es asimismo necesario que el caballo tenga sangre torera.

¡No ha dicho uno nada! ¡Sangre torera! De los catorce mil niños que aproximadamente son los que en estos momentos aspiran con el toreo a cumplir los veinte años, dueños de cuatro fincas y dos "haigas", trece mil novecientos noventa y nueve apenas tienen un adarme de sangre torera. ¡Calculen ustedes si esto es tan arduo en los hombres, lo que será en los caballos, que no albergan la menor ilusión de andar en un "haiga" propio y que se conforman con un pradito verde y unas cuantas fanegas de cebada! Encontrar un caballo con sangre torera es como buscar y hallar una aguja en un pajar. El duque de Pinohermoso la ha tropezado en "Halcón".

A lo largo de la temporada le he visto las suficientes veces para maravillarme cómo llega y cómo se sale de la cara de los toros. Mérito del jinete. Claro es. Pero también instinto del caballo. Porque una cosa es que el caballo obedezca a la mano y a la pierna que le manda y otra el cómo realizar este mandato, que todos siguen mecánicamente. "Halcón", no. "Halcón" "le echa arte", que dicen los taurinos. Su estampa le ayuda mucho. Su línea es perfecta. Fino, elegante y flexible de movimientos. Áairoso y brioso, sereno y valeroso. Pero, por encima de todo, su sangre torera. Que presente y luego sienta las suertes. Que tiene afición.

Y esto es lo ejemplar y lo asombroso. Un caballo torero. ¿Y por qué no? La sensibilidad equina es alabada por todos los conocedores de su carácter. En este supuesto, ¿por qué no va a sentir un caballo la alegría de vencer graciosamente el apetito y la fiera de un toro?

"Halcón", como todo buen artista, tiene unas tardes más inspiradas que otras. Un día de mayo en El Escorial y otro de junio en Segovia, "Halcón" salió desganado. Se recuperó al poco en Palencia, y ya fué para arriba, como los grandes toreros, más en forma cuanto más torea.

Me declaro halconista, porque a mí el toreo, cuando es bueno, me gusta en todas sus manifestaciones, y "Halcón", en lo suyo, es gente, aunque sea caballo. Nueve actuaciones tuyas presencié. Me parecieron pocas. "Halcón" posee ese atractivo de todo lo bello. Y nada tan sugestivo como contemplar la gallardía de su piafar, la voluptuosidad; sí, exactamente, la voluptuosidad de su braceo, la elegancia de su aire, el airoso de su cabeza hermosísima, en donde saltan los ojos nunca asustados y resalta en su cuello la coquetería de sus crines primorosamente entrelazadas con las cintas de los colores de la divisa ducal. Todo en "Halcón" tiene cadencia, desmayo, finura, exquisitez, pero todo ello envuelto en algo que no es ni más ni menos que la repajolera sangre torera que le rezuma por encima de las venas.

¡Da gusto volcar el elogio en un caballo que estamos seguros de que no nos va a leer y, por tanto, no se va a sentir defraudado por parecerle escaso, o no va a contestar, como suprema concesión, lo que le contestó "Lagartijo" al poeta Grilo después de verle recitar un soneto en el que ponía al gran torero cordobés en los mismísimos cuernos de la luna. "Algo hay de eso, amigo." No. "Halcón", retirado en sus cuarteles de invierno de "Monasterio", no se enterará nunca de que un halconista acérrimo le ha dedicado un artículo ardorosamente piropeador y entusiasta. Mientras no le falte la cebada, que le digan lo que quieran, ¿verdad, "Halcón"? Y la cebada no te va a faltar, y el invierno se pasará pronto, y si los hades de tu mentor no disponen otra cosa, te veremos de nuevo resurgir con la primavera, como lo que eres, como la flor de los caballos toreros.

[Y que yo lo vea, "Halcón" amigo!]

ANTONIO DIAZ-CANABATE

MERECER dedicarse un recuerdo a esta familia torera de los "Regaterín", porque los coledos que la integraron gozaron en vida de grandes simpatías, y aun después de fallecidos los veteranos aficionados los olvidan, por ocupar todos en la Tauromaquia preterentes lugares. Madrileños todos, recibieron el primero de los Sacramentos de la Iglesia en la parroquia popularísima de San Lorenzo, conocida por la de las "chinchés" en el "argot" barriobajero.

Vamos a ocuparnos, en primer término, del fundador de esta dinastía torera.

Llamábase Victoriano Recatero y vió la primera luz, como ya hemos dicho, en la Villa del Oso y el Madroño el 7 de febrero de 1851.

Aficionado al toreo, hizo su aprendizaje en las capeas pueblerinas, hasta que a la edad de veintidós años se presentó como banderillero en la Plaza existente a extramuros de la Puerta de Alcalá, a las órdenes de Manuel Hermosilla.

Hasta su fallecimiento, ocurrido en esta capital el 14 de Marzo de 1891, figuró en las cuadrillas de Antonio Carmona, "Gordito"; Francisco Arjona, "Currito"; Salvador Sánchez, "Frascuelo", y Luis Mazzantini, quedando probada con estos hechos su talla tauromáquica.

Fracasando en su intento, dejó en algunas ocasiones las banderillas para empuñar muleta y estoque.

Atildado en su personal aseo y en el vestir, "El Toreo Cómic", una revista humorística dirigida por el más tarde popular revistero Angel Caamaño, "El Barquero", al pie de una caricatura, le hizo su semblanza con la siguiente décima:

Notable peón de brega
y especial banderillero,
Victoriano Recatero
nasta la cabeza llega
con frescura y con salero.

Es, además, punto fuerte
del Imperial a la esquina,
y se peina de tal suerte
que algunos cuartos invierte
en pomada y bandolina.

Al fallecer Victoriano, la vacante que dejó en la cuadrilla de Mazzantini la ocupó su hermano Luis, en la que permaneció hasta el 1903, año en el que se cortó la coleta el famoso espada guipuzcoano.

Luis Recatero, nacido el 1 de mayo de 1863, empezó a usar el apodo de "Regaterín Chico", que más tarde cambió por el de "Regaterillo", y, sin llegar a los méritos de su hermano mayor, no era un indocumentado en el oficio, pues ya había toreado a las órdenes de Vicente García, "Villaverde"; "Frascuelo" y Fernando Gómez, "el Gallo".

Al retirarse de los toros Mazzantini, también lo hizo Luis, falleciendo éste el 10 de noviembre de 1910, víctima de una cruel enfermedad.

Hermano menor de los citados, Tomás vino al mundo el año 1865, y de profesión papalista, no se decidió como torero hasta el 1890, interviniendo como banderillero en una corrida con toros embolados, celebrada en París con motivo de una Exposición.

Usando unas veces el apodo de "Regaterín" y otras el de "Regaterillo", hizo concebir grandes esperanzas, pero una grave cornada le salió al

FAMILIAS TORERAS

La de los "Regaterín" era madrileña, y de ella salió un gran matador de toros

El maestro Chueca y el poeta Antonio Casero fueron de él amigos inseparables



Victoriano Recatero, «Regaterín», en 1885



Luis Recatero, «Regaterillo», en 1888

paso, y Tomás se vino abajo como lidiador, viéndose alejado de los ruedos.

Sobrinos carnales de los anteriormente citados, Antonio y Victoriano Boto y Recatero, el primero nació el 7 de febrero de 1876, y el segundo el 27 de noviembre de 1870, y ambos subyugados por los antecedentes taurinos familiares, dedicándose pronto al toreo, abandonando sus respectivos oficios.

Antonio, que usó el apodo de la casa, encontró en sus tíos Luis y Tomás una decidida protección, y después de una brillante etapa novilleril fué durante veintidós años matador de toros, pues "Machaquito" le dió la alternativa en Madrid, con el toro "Torrecito", de Benjumea, el 17 de septiembre de 1905, despidiéndose del toreo en la misma Plaza el 26 de junio del 26.

Antonio Boto, "Regaterín", fué el que más brilló de la casa torera, tema de este reportaje, pues durante sus cuatro lustros de doctorado, a pesar de las gravísimas cornadas sufridas, por su estilo haciendo el toreo y por su pureza ejecutando el volapié, sobre todo en terrenos de las "tablas", cosa ésta pasada a la historia, ocupó en la Tauromaquia un preferente lugar, alternando con éxito con los mejores lidia-

dores de su época y mereciendo los honores de ser orejeado por la afición madrileña en unos tiempos en que la concesión de tales apéndices no se otorgaba con la prodigalidad de ahora.

Victoriano Boto, "Regaterín Chico", intentó ser matador, y como novillero debutó en la Plaza vieja madrileña el 25 de julio de 1909, pero volvió nuevamente a las banderillas, ingresando en la cuadrilla de su hermano, y retirado éste, continuó a las órdenes de otros espadas.

Antonio murió en Barcelona el año 1938 a consecuencia de un bombardeo, y Victoriano, en Madrid, tres años más tarde, sin dejar ambos sucesión taurina, pues un novillero que anda por ahí ostentando el apodo, nada tiene que ver con esta familia torera, de la que ligeramente nos hemos ocupado.

Amigos inseparables y admiradores del "Regaterín" matador de toros lo fueron otros dos madrileños ilustres: el inolvidable maestro Chueca y el siempre gratamente recordado Antonio Casero, poeta del pueblo que tan maravillosamente pintó con sus versos madrileñísimas costumbres.

No está lejano el día en que me ocupe de los tres desde el punto de vista taurófilo, porque el anecdotario de ellos es en extremo pintoresco.

Sin embargo, y como final de las anteriores líneas, voy a desarchivar una en la que intervino el torero, y como testigos, el poeta y el hijo de éste, nuestro querido colaborador y genial dibujante.

Cuando en domingo no tenía toros "Regaterín", los dos Antonios, como buenos madrileños, tenían la costumbre de darse una vueltecita por el Rastro, y en una de aquellas mañanas domingueras, acompañados por Antonio Casero, un niño entonces, deambulaban por la Ronda de Toledo, atisbando las baratijas colocadas por los "rastreros" sobre el santo suelo.

En aquel momento, una mujer airada y amenazadora empezó a dar voces tras un chiquillo:

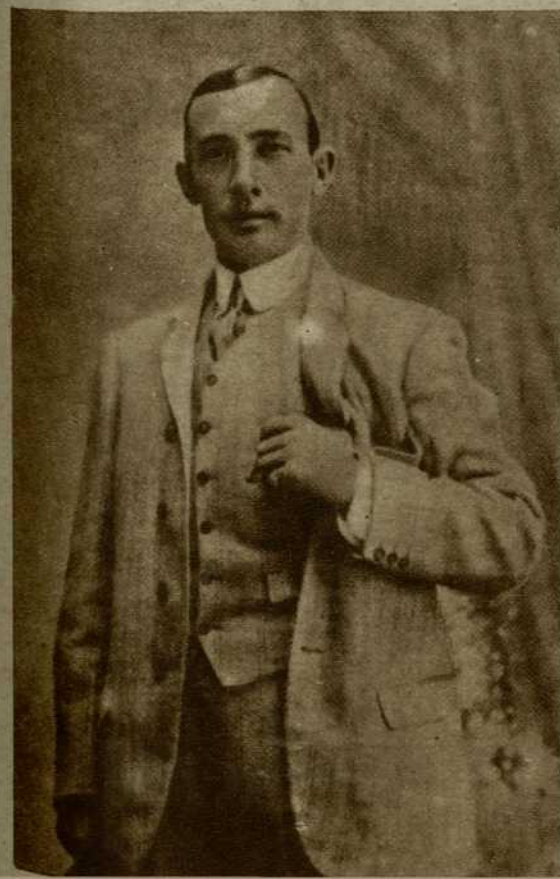
—¡Ven acá, so ladrón!... ¡Te voy a matar!—exclamó la fiera mujer.

"Regaterín", que en aquel preciso momento llevaba en la mano un pañuelo, se interpuso entre ambos, arrojándosele a la cara, y este fué el motivo para que el muchacho no fuese alcanzado por las garras de su madre.

Esta se revolvió iracunda sobre el torero, pero, al reconocerle, cambió rápidamente de actitud y, dibujándose una sonrisa sobre su rostro, volvió a exclamar:

—¡Señor Antonio! ¡Vaya un quite que acaba "us-té" de hacer a mi hijo!

DON JUSTO



Antonio Boto «Regaterín», el único matador de toros de esta familia torera



Victoriano Boto «Regaterín Chico», el último de la dinastía de los Recateros

EL HOGAR DE LOS TOREROS

El de Luis Miguel Dominguín es, durante todo el día, escenario de un desfile constante de visitas

EN realidad, no son muchos los escalones que hay que salvar desde el portal al piso que, con sus padres y su hermana Carmina, ocupa Luis Miguel González Lucas; pero los bronquios de los fumadores reclaman una prudente parsimonia en la ascensión, y hemos de subir calmadamente. De trecho en trecho, los amplios ventanales, abiertos al espacioso patio, prestan claridad a la cómoda escalera.

El reloj de una iglesia cercana, con sus cuatro campanadas secas, es heraldo de nuestra puntualidad. Un hombre pequeño nos alcanza, da las buenas tardes y pasa, agilísimo, como un escalador de la "Tour" de Francia, devorando metros y metros de escalones. Los pasos de otros dos caballeros nos hacen volver la cabeza. También éstos nos aventajan a los pocos segundos; nosotros seguimos, sin desfallecer, al ritmo cansino que conviene a los gustadores de pitillos de tabaco negro. No habrá ido más despacio que nosotros por esta escalera la caravana del Dalai Lama por las montañas del Tibet.

Piso tercero. He aquí la meta. Mientras nos franquean la entrada, el chico que trae los bártulos del fotógrafo hace como que chuta a un guardameta imaginario con una

bolita de papel. Sin duda, el muchacho no sabe lo que es un cigarrillo de "alado de gallina". ¡Feliz él!

Es el mozo de espadas quien nos anuncia y la voz del matador la que nos invita a pasar. En el despacho hay no menos de siete personas. Suena el timbre del teléfono, y Luis Miguel se excusa, pidiéndonos unos segundos de espera.

Salimos al balcón. La calle no es ancha y parece una caja de resonancia. En este cruce de calzadas los automovilistas han de amenguar la velocidad de los coches; hay en la calle excesiva vida comercial, y los viandantes parecen enfermos del sistema nervioso en mal momento. Cerca de aquí, las plazas de Santa Ana y de Matute y las calles del Prado y de las Huertas. Esta



Buena parte del tiempo que Luis Miguel dedica al despacho de sus asuntos ha de emplearla a dedicar fotografías

(Foto Actualidad)

Esta perra de caza, que sabe que el fotógrafo va a perpetuar su imagen, es una de las favoritas del gran cazador que es el torero madrileño

(Foto Actualidad)

En su finca, Luis Miguel se prepara para correr unas liebres a campo abierto

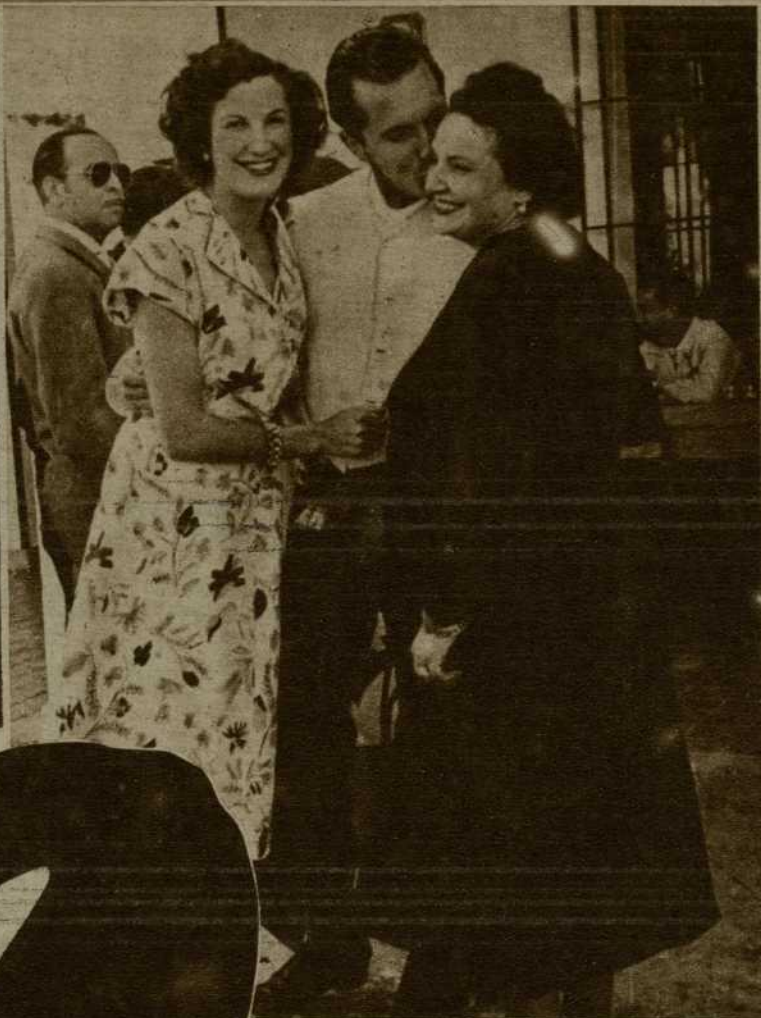
(Foto Actualidad)





El matador, con su hermana Carmina, en el despacho de su casa de Madrid (Foto Actualidad)

En «La Compañía», Luis Miguel Dominguín con su madre y con su hermana Gracia (Foto Cano)



mos en la encrucijada que fué en un tiempo el barrio literario de la capital de las Españas. Aun quedan recuerdos de aquel pasado en los nombres de algunas calles, en las trazas de alguna librería, en los conventos con rejas tupidas y en el tañido de algún esquilon cercano, que suena a seriedad de Imperio.

Luis Miguel sigue en su despacho atendiendo a cuantos llegan a él. Hace unos años, a esta hora de la tarde y en esta época, los matadores de toros acudían a su peña del café a charlar con los amigos. Ocupaban el mejor asiento, pegado al ventanal más amplio, y allí se dejaban admirar. Muy puestos, con su buen traje de paño fino, sus "tumbagas" rutilantes y el puro con faja dorada de La Habana, escuchaban el rosario elogioso y hueco de los aduladores, y de vez en vez pontificaban cachazudamente. El fru-fru de unas enaguas bien almidonadas les hacía evadirse de su pereza, salían presurosos tras la mocita juncal y sonriente, que al darse cuenta del interés del maestro acortaba el paso, y al poco un simón se dirigía hacia un merendero de las afueras con el famoso espada y la muchacha ilusionada. Ahora, no. Tiempos son éstos que no permiten tales goces. Ahora, el torero famoso ha de ocuparse de sus asuntos sin desmayos. No es gran exageración afirmar que cuando está en el ruedo es cuando menos trabaja; que así van los negocios taurinos, que es preciso actuar más intensamente cuando se está fuera de la Plaza que cuando se espera, vestido de luces en el redondel, la salida del toro. Es preciso atender a todo el mundo y no olvidar nunca a los admiradores que solicitan pequeños recuerdos.

Luis Miguel Dominguín se impacienta porque no puede atenderlos a su gusto. Pepe Dominguín nos saluda y, apresuradamente, sale de la casa mientras guarda en los bolsillos de la americana, equitativamente repartidos, varios documentos.

El despacho es amplio y alegre. En el muro que flanquean los dos balcones está colgada la cabeza del toro de la alternativa de Luis Miguel. En las paredes, cuadros, muchos cuadros de temas taurinos. Dos reproducen otros tantos momentos del encierro de Pamplona; otros, de Ruano Llopis, recogen momentos inspirados de Marcial Lalanda y de Domingo Ortega; no faltan, naturalmente, los dibujos de Roberto Domingo, y hay sobre un mueble un busto en bronce de Luis Miguel.

El joven matador ha hecho un alto en su tarea. Cuando viene hacia nosotros alguien le entrega una tarjeta. Luis Miguel no re-



cuerda quién sea el visitante, pero es fuerza recibirlo por cortesía. Penetra en el despacho un caballero que pide perdón, un tanto sorprendido, a la vida del buen número de visitantes que aguarda. Rápidamente, tras el saludo de rigor, da noticia de su demanda: "Perdóneme este atrevimiento. Quiero una fotografía de usted con una pequeña dedicatoria para una muchacha de catorce años que se llama Conchita Carvajal". Es "Chocoiate" quien saca de un armario cincuenta o sesenta fotografías del torero. Elige una el caballero que ha venido en nombre de Conchita; Luis Miguel le complace en lo que ha pedido y el señor sale acompañado por el torero.

Ahora parece que Luis Miguel podrá disponer de unos minutos para charlar con nosotros. El hombre pequeño que nos adelantó en la escalera toma un cigarro negro que le ofrece el torero y aspira el humo con delectación. Los "amigos de la casa" entran y salen constantemente. Parece milagroso que con este ir y venir el padre de Luis Miguel pueda reposar en su habitación y, sin embargo, así es. La madre está en el campo desde hace unos días y no tiene grandes deseos de volver, por ahora, a Madrid.

Aprovechamos los segundos para que Luis Miguel pose con su hermana Carmina, solo y con su perra de caza. Hay que dejar para otro momento alguna foto, porque han llegado nuevos visitantes que esperan en el salón. Suena el teléfono y el contable anuncia al torero madrileño que de la casa productora Metro Goldwyn Mayer le recuerdan que no deje de enviar las fotografías que les prometió cuando le hablaron de la filmación de una película sobre la vida de "Paquiro".

Alguien llama vigorosamente con los nudillos en la puerta de la escalera.

—Sea quien sea —dice Luis Miguel— le haré esperar. Quiero atender a ustedes.

Pero nosotros hemos visto cuanto queríamos para conocer el hogar de Luis Miguel Dominguín y nos despedimos del matador y de sus amigos. Estamos seguros de que en casi todas las habitaciones de la casa hay personas que esperan a ser recibidas por el famoso matador que, seguramente, dirá que en esta época del año está descansando.

GALERIA DE LIDIADORES DE RESES BRAVAS

MAERA, el torero de la gloria

Una vocación tardía, pero cierta y esplendorosa.
La corrida benéfica de Lima.—La voluntad triunfa.

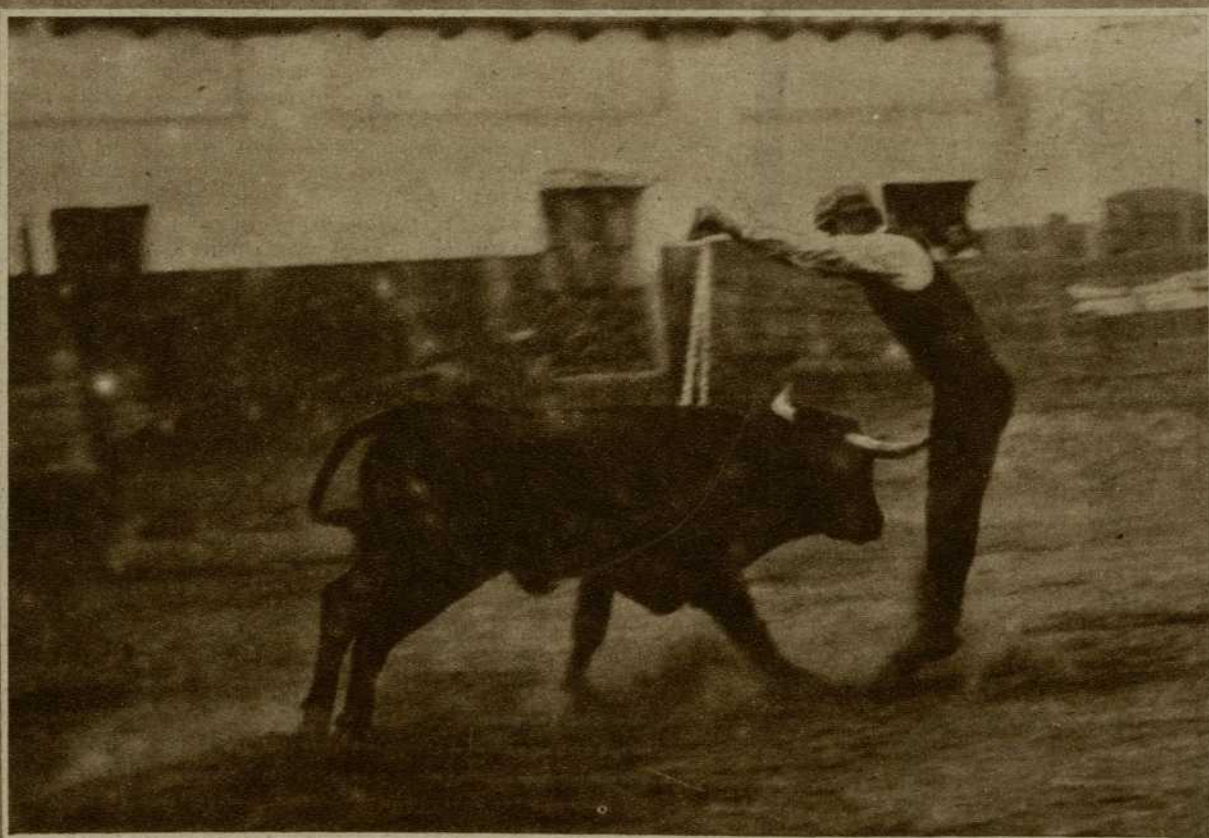
En nuestro primer capítulo de la vida de «Maera» hablamos ya de su vocación tardía. Manuel García López era uno de esos seres extraños que improvisan cada día su propia existencia, que viven moral y materialmente sobre el terreno, y para los que el éxito, cuando llega, no es una conquista, sino un hallazgo. ¿Por qué, con frecuencia, siendo niño, escapa Manolo del colegio y con otros chicos emulan al «Espartero» delante de una cabra acorralada? Por la sola razón de eludir la enojosa disciplina escolar. ¿Por qué, ya mocetón, forma pandilla con los torerillos de Tablada y va y viene, indiferente, sin ilusión, haraganamente, de una aventura a otra? Por huir del pesado quehacer de la fragua y del meticuloso y lento trabajo de la alfarería. Dentro de él late un desdén y una repulsa contra todo esfuerzo disciplinado, contra toda dedicación regular, sujeta a reglas. Sus años juveniles, inicialmente, están llenos de inseguridad, de contradicciones, de sombras...

El no había dicho, como tantos, «seré torero»; él no había soñado largamente, como otros, con los ojos abiertos. Se había limitado a esperar y a dejar que pasara el agua bajo los ojos del puente, hasta que un día, sin saberlo, de golpe y porrazo, por hacer lo que los demás, en una de sus jiras locas, se encontró capote en mano ante un novillote. La suerte estaba echada. Pero nadie podía ni quería esperar mucho de él. Era largo y desgarrado, gozaba fama de discolo y pendenciero, había fracasado en otras cosas, y —sobre todo— el torero aparecía inaccesible y difícil, como un mundo de semidioses. «Los semidioses» se llamará, precisamente, una obra teatral antitaurina que hizo furor poco después. Estábamos en Triana, y ¿quién en el año 1914, cuando Belmonte, «el Terremoto», «la Revolución», amenazaba con arrancar el cetro de la tauromaquia a «Joselito», podía creer en ningún novicio? Belmonte era la subversión de todas las normas; la nueva estética —la estética de

la fealdad», se ha dicho — frente a la estética clásica de los «Gallos»; el torero corto y trágico contra el torero largo y alegre; la dificultad arrebatada contra la suficiencia serena. ¿Quién podía creer en «Maera», sin amigos, sin leyendas, sin una estética definida ni impresionante? Pues creyó el mismo Belmonte, a quien nadie ha igualado nunca en el difícil arte de comprender, admirar y estimar a los demás, aunque no encajen en su manera peculiarísima y genial de entender y practicar el torero. Don Antonio Soto, aficionado perspicaz y generoso, había visto a Manuel García López en algunas novilladas de pueblo, a las que nuestro héroe fué sin convicción y sin esperanza, como oscuro matador de novillos. Sin convicción y sin esperanza, porque «Maera» no aspiraba al éxito, sino al pan, y se resignaba de antemano al puesto de subalterno en la cuadrilla de algún matador de fuste. Soto, amigo de Juan Belmonte, consiguió que éste lo tomara como banderillero, especialidad en la que había mostrado extraordinaria disposición. Así, por la puerta chica, modestamente, iniciaba su carrera el que, en pocos años, sería lo que con terminología de hoy se llama una figura, con todas las consecuencias: señor de las taquillas, dictador de los carteles e ídolo de la afición. Hoy, habituados a la «velocidad» de la Fiesta, con novilleros que mandan en los mismos toreros, con carreras cuajadas en un mes de fortuna, con «maestros» fabricados en una temporada —casi prefabricados— y prestigios creados con una buena crónica, nos resulta incomprensible la humildad de un hombre que empezó por pedir el último puesto de una cuadrilla. No hacía más que cinco años que Ignacio Sánchez Mejías ingresaba, agradecido —con un agradecimiento que no olvidará mientras viva—, en las huestes del infortunado «Corchaito». Referencia ésta interesante, porque Sánchez Mejías, en cierto modo, tuvo una vida artística paralela a la de «Maera», ya que ambos saltaron al campo como novatos desde el mediocre trampolín de las banderillas, y no llegaron a señores sin



Manuel García, «Maera», era un hombre todo voluntad. La gloria le fué arisca, pero se le rindió al fin (Foto Archivo)



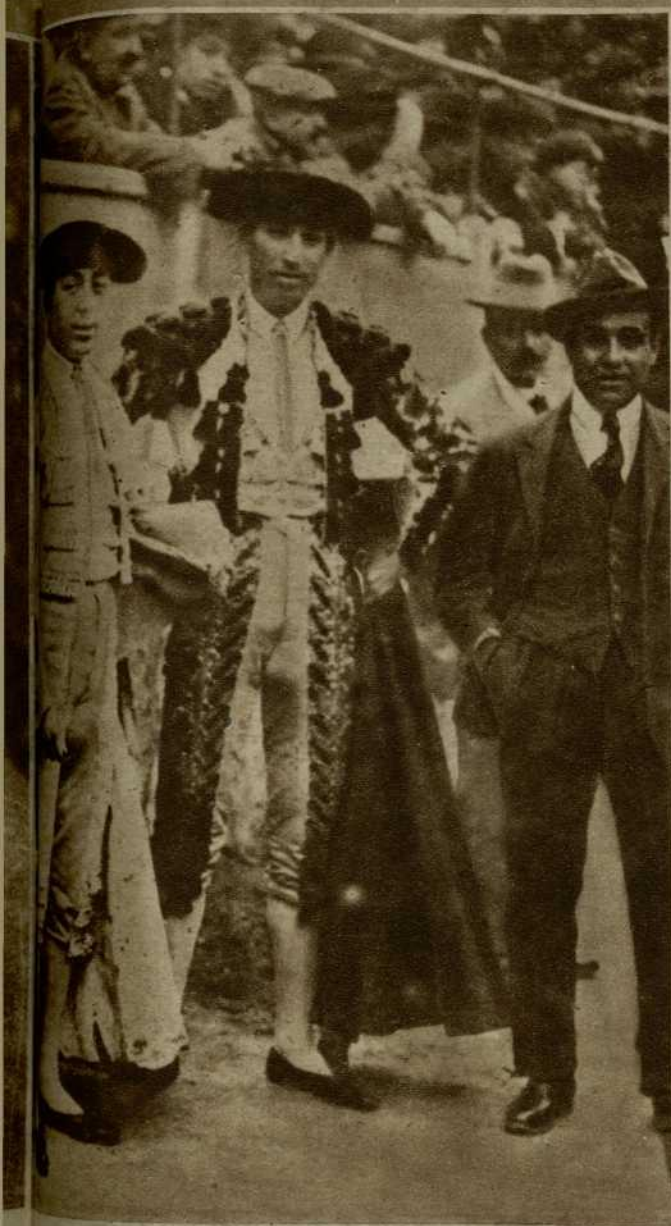
Empezó, sin grandes aspiraciones, como banderillero, por ganarse el pan de cada día. Y fué un gran banderillero (Foto Archivo)

haber probado antes el anargo pan de la servidumbre.

Ya en la cuadrilla de Juan Belmonte, «Maera» pasa por una crisis moral que está a punto de ahogar su carrera. Fracasa en las dos primeras ocasiones en que actúa como auxiliar del maestro, tal vez deslumbrado por la gloria de éste, y se propone dejarle. Hay amigos que median, le animan y logran que Manuel vuelva a probar fortuna. En la tercera corrida las cosas le ruedan bien. Ya le rodarán bien, porque su voluntad es de hierro una vez que decide aplicarse sobre un objetivo. En la cuadrilla de Belmonte brilla por entonces, en todo su esplendor, el arte primoroso de una pareja de banderilleros: Pepe Rodas y «Magritas». «Maera» se codea con ellos airoosamente y llega a ser rehiletero consumado y perfecto. Clava en todos los terrenos, puede con todos los toros, hace bien la conjunción y sale limpio ante. Su arte es escueto, justo, sin hojarasca. La perfección es su estilo. Como domina el capote, se convierte paulatinamente en el peón de confianza de Juan Belmonte, posición que sirve con lealtad, con denuesto y con humildad, hasta que otra vez,

La vida difícil

El caso paralelo de Sánchez Mejías.
La suerte aciaga.—La anécdota de Zafra



En Rodas y «Magritas» fué peón en la cuadrilla de Belmonte. Aquí le vemos con Luis Suárez en el callejón (Foto Archivo)



Los toros que toreaba y mataba «Maera» eran de los que siempre han preocupado a los lidiadores (Foto Baldomero)



Nunca logró, como novillero, una tarde completa; pero ya entonces Juan Belmonte predijo su triunfo (Foto Archivo)

esperadamente, el azar cambia su suerte hacia horizontes más anchos y risueños.

De banderillero pasará a matador. La cosa ocurre en Lima, donde se hallaba con Juan Belmonte. En éste actuado en unas doce corridas montadas por la Empresa Boto y como final de temporada se pensó en organizar un espectáculo en beneficio de los auxiliares de los toreros. Se trocaron los papeles, dos peones —Pepe Rodas y Manuel García, «Maera» asumió la dirección de las cuadrillas. Los dos triunfaron, pero el éxito de «Maera» fué tal que asombró, entusiasmado y sorprendido: «En cuanto llegue España empezaré a torear como matador.» Esto ocurrió en el año 1918.

También ahora su vocación declarada tropieza con los avatares del infortunio y le acometen el desánimo y la duda, como cuando tres años antes formó las filas de Belmonte. Solitario tenaz, contra todos, voluntad se impone. Ahora no son dos los fracasos, son muchos más. Como novillero no tuvo apenas una tarde completa. La gloria se le resistió hasta el último instante y fué para él la dama esquiva que sólo se rinde al asedio implacable. En lo que el torero tiene de asignatura, de disciplina, de norma, «Maera» se siente seguro. Habían sido muchas tardes de es-

cuchar absorto a José —a cuyo toreo se sentía más afín—, que gustaba siempre ilustrar con palabras cuanto ocurría en el ruedo; más aún las que había visto a Juan venciendo los problemas que él mismo se había creado, autodidacto genial; llevaba tiempo luchando, aprendiendo, ensayando, para conocer hasta el último secreto... Pero la inspiración, el azar feliz, la magia del éxito tardaban en presentarse.

Pero la fe hace milagros. Y el caso de «Maera» fué un milagro de fe en sí mismo. Claro que servida por un caudal inagotable de valor personal. En este sentido encaja perfectamente en la línea senequista. Sin pinturerías ni efectismos, su valor no le falló jamás al tratar con el toro. Amigos hay que aseguran que se mostraba preocupado y temeroso hasta la palidez antes de la corrida. Pero sonaba el clarín y no le vio ya nadie temblar. A menudo recordaba lo que Belmonte dijo a un torero que siempre se las prometía felices antes del paseíllo: «Tú no tienes miedo —le dijo Juan—, porque no piensas arrimarte; yo lo tengo porque me voy a arrimar.» Una vez, en Zafra, los picado-

res pretendieron aumentar sus ganancias con un inocente «chantage» entonces en boga. Se trataba de una corrida de Pablo Romero de 400 kilos. Los varilargueros comenzaron por poner objeciones a los caballos.

—Manuel —le dijeron después a «Maera» en el cuarto del hotel—, hemos decidido no picar con esos caballos. Habrá que suspender la corrida.

—¿Quién ha dicho eso? Yo torearé y mataré sin picadores. Si es necesario, mataré los seis bichos. El ardid había fallado. Sabían todos que «Maera» haría lo que había dicho, y a la hora en punto estaban todos en la Plaza. Los picadores cobraron sus honorarios reglamentarios.

Conociendo todos los recursos del oficio y poseyendo valor para prestar —como se dice—, la gloria llegaría. Fué el suyo un forcejeo largo, duro, penoso... Pero Manuel era una furia y nada, ni la gloria, podía oponérsele. Pero la gloria llegó después de la hora crucial del torero, la alternativa, que tomó en el Puerto de Santa María, de manos de Rafael «el Gallo».

DON CELES

No obstante ser la corrida que menos interés despertó, fué la más ligera

Procuna, "Rovira" y Ricardo Balderas lidiaron un encierro de La Viña.-El resumen que hace el diario "El Comercio" es el siguiente: "Procuna: mitin y muy bien. "Rovira": palmas y ovación. Balderas: vuelta al ruedo y silencio"

Dos toros suaves y dos becerros imponentes.—Gran par de Pepe Amorós, que fué ovacionado

Comentarios de la Prensa de Lima.
Del periódico «La Prensa» recogemos, de la sección titulada «Tendido 2, fila 4», lo que sigue:

«Evidentemente, el sol no se abonó a esta temporada. Se hizo presente en la primera corrida, que fué extraordinaria. Tal vez le tengamos el domingo próximo. O es menos aficionado que nosotros, o sabe más de toros. O se abonó a sombra.

Procuna, que dió una de cal y otra de arena, en el cuarto de la última corrida del abono

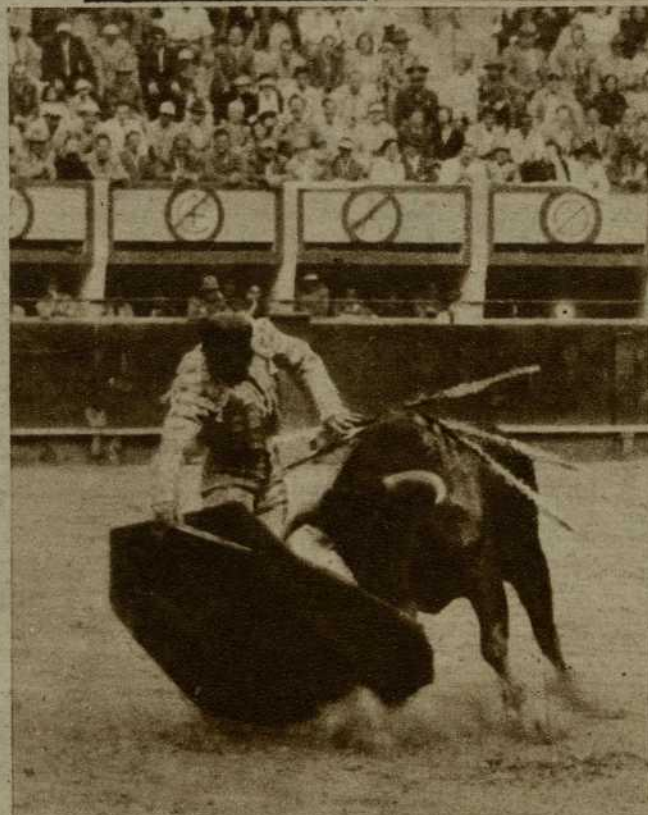
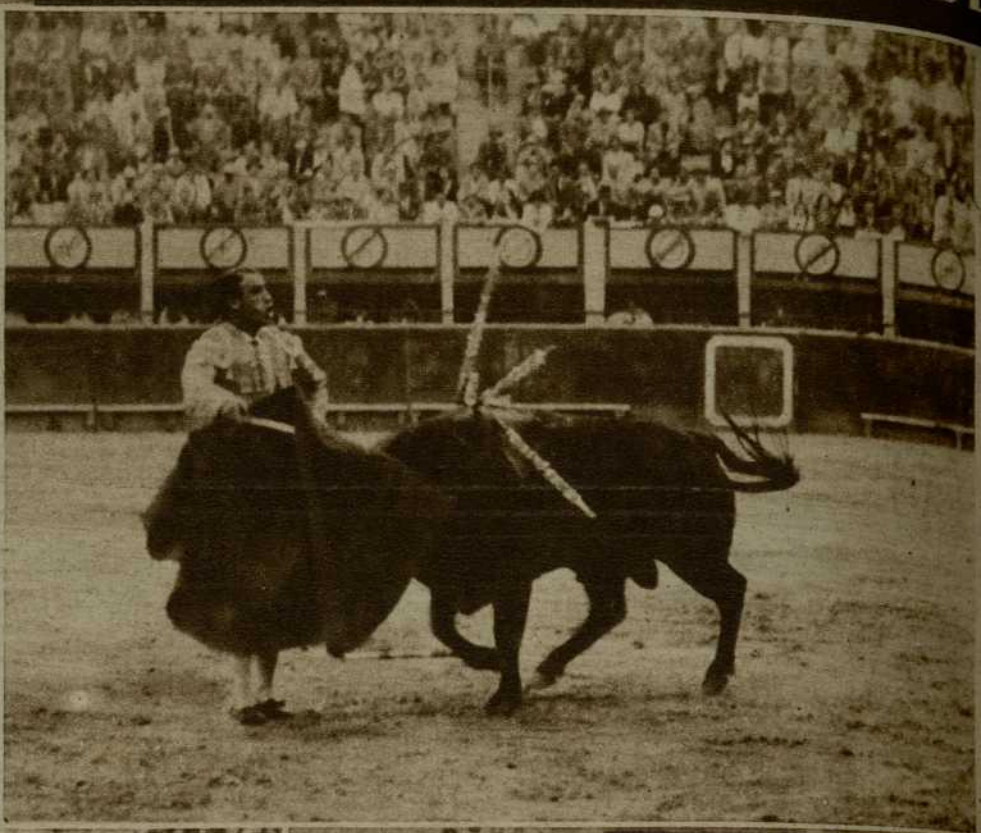
—«Pepe, llevando a las tablas. Allí, allí no más. Ahora vete. Afuera todos».

Y empieza. Un ayudado por alto, aguantando, con los pies vecinos. Otro más. Uno por bajo en redondo. Y uno igual. Y en seguida otro por alto, para correr luego detrás del toro invitándolo a la embestida. «Eje, eje, eje!» Dos pases más y un cambio de mano para dar la espalda, mirar al público, sonreír al aplauso y descansar un poquito. He ahí todas las faenas de «Rovira». No una sino todas. Hizo la primera con papel carbónico y le sacó muchas copias. Y así hace años. Lo mismo. Siempre. Voluntarioso, valiente, con codicia de triunfo, quieto y pundonoroso. Pero siempre igual. Sin matices, sin facultad para la improvisación, igualito con un toro que se le revuelve que con un bicho olvidado de su misión. Y es que «Rovira», a despecho de todos sus méritos, no tiene o no da nada de «Rovira». Lo domina el afán mimético.

Hay artistas así, que todo lo hacen con decoro y casi siempre bien, pero carentes de personalidad, de hondura entrañable, de mensaje íntimo.

En una exposición de cuadros muy reciente, un señor acertaba cuando decía:

Este hombre no lo hace mal, pero

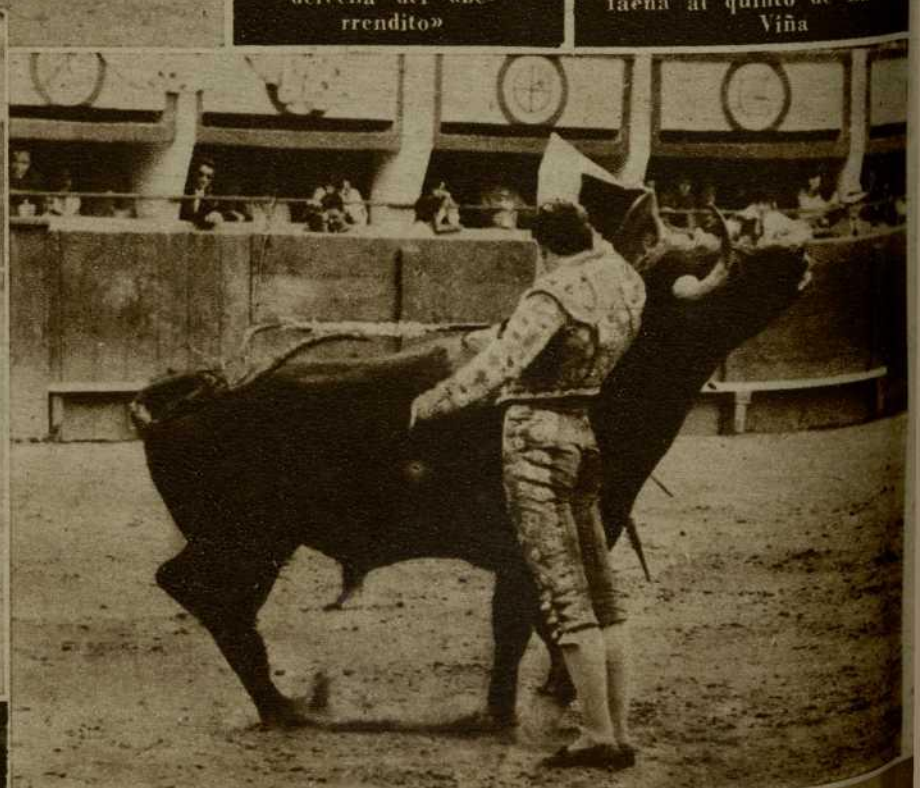


Otro pase con la derecha del «berrendito»

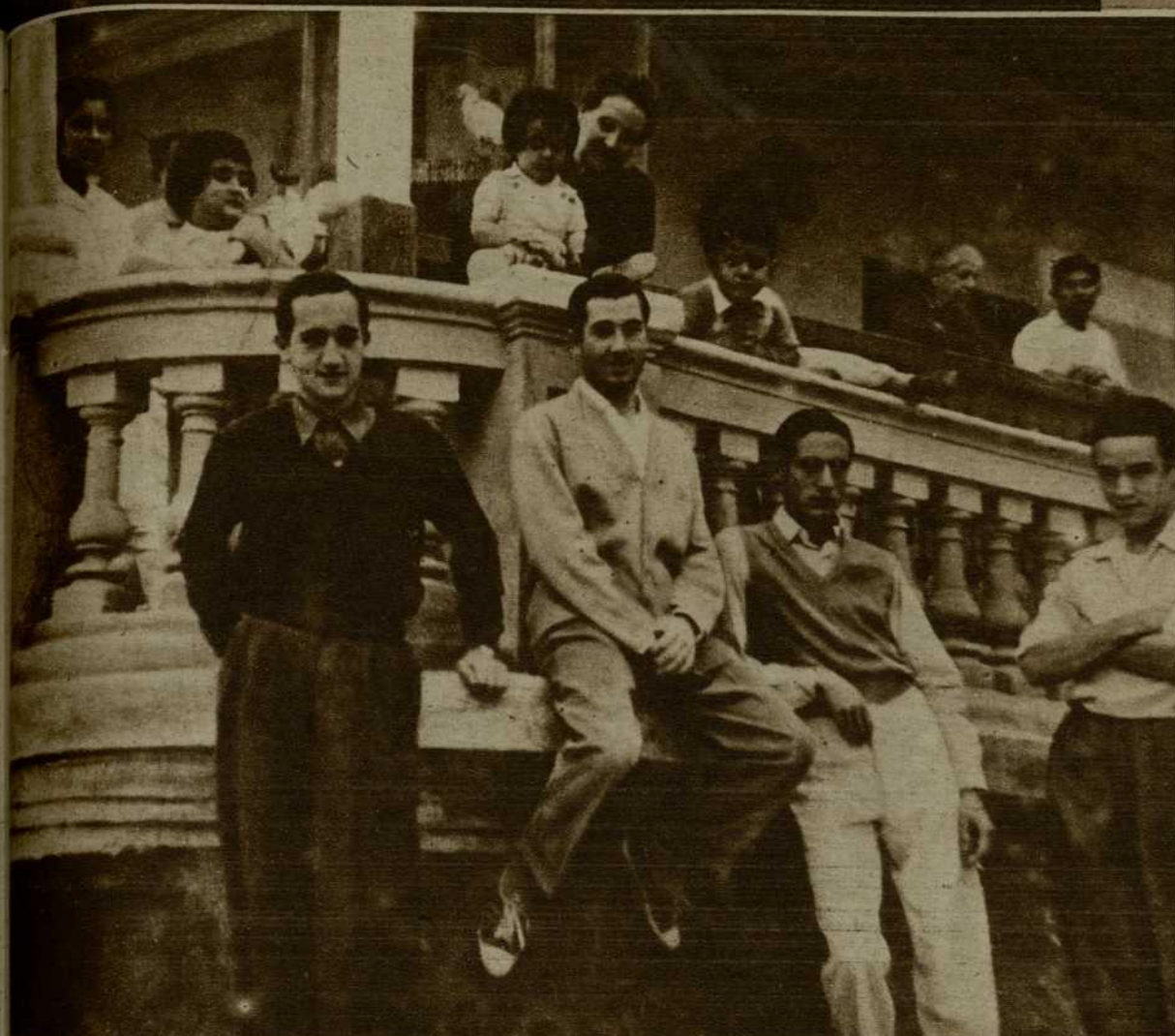
«Rovira» iniciando su faena al quinto de La Viña



Un remate de Ricardo Balderas



Un pase por alto de Balderas



Pepe Amorós clavó un gran par de banderillas y fué premiado con una gran ovación



Atienza ha tenido gran éxito en Lima. Aquí aparece descansando en el callejón

Durante su estancia en Lima, Pepín Martín Vázquez, Aparicio y «Litri» fueron invitados a una fiesta campera que se celebró en la ganadería de La Viña

lo hunde la imitación. En esta muestra, por ejemplo, uno saluda a muchos conocidos porque aquí hay retratos de Wathean, de Cezanne, de Manet, de los flamencos...

Es el caso de Raúl Ochoa, torero valiente y honrado, pero sin ángel, sin duende, casi mecanizado, sin esa presencia interior que en una tarde sola hace capaz a Procuna de conquistar nuestro olvido para una buena parte de su biografía taurina.

¡Recuerdan ustedes ese gran picador que trajo Belmonte y que se llama Catalino? Esta sola pregunta constituye el mejor elogio para Atienza.

He aquí el declive: toro, torito y torete. Don Celso, don Víctor y Rafaelito.

Y aquí el dilema: los toreros dicen que con ese ganado no se puede hacer nada. Y los ganaderos sostienen que ellos se han dedicado a criar toros mansos, porque son los únicos que pueden venderse...

La única corneta que se tocó a su debido tiempo fué la que inició el espectáculo.

Para el domingo, una nueva extraordinaria. Pero queremos que la palabreja recupere su cabal condición de adjetivo.

Hace algunos años, en una clásica verbena celebrada en Madrid, un suramericano, después de recorrer la íntegra, preguntó a uno de los organizadores: —Dígame, señor, ¿dónde está la verbena? —Pues la trae cada uno.

Lo mismo está ocurriendo en Lima con las corridas de toros. Los animales, mansos e ilidiables; los toreros, de regular para abajo; los picadores, de testables, y el juez, en la luna. Y sin embargo, va-



En otra fiesta a la que Pepín, Aparicio y «Litri» fueron invitados, acudieron también el apoderado de estos dos últimos, «Camará», el ex matador de toros Manolo Martín Vázquez y nuestro corresponsal en Lima, señor Parodi (Fotos Cambell)

mos todos. Y la Fiesta se hace. Buena o mala, pero se hace. Y es que la Fiesta de toros también la llevamos «cada uno». Y la hacemos a nuestra manera y está tanto en la ilusión de toda la semana anterior, como en la desilusión con que retornamos de la Plaza.

2 nuevos films confirman la supremacía de



HABLAN las CAMPANAS

(TOLERADA PARA MENORES)

EN EL
CALLAO

Deliciosa e incomparable creación de
Loretta Young-Celeste Holm-Hugh Marlowe

Director: **Henry Koster**



Y **REGRESARON TRES**

Sensacional película que próximamente se
estrenará en BARCELONA, MADRID y otras
capitales de España.

Suprema creación de **Claudette Colbert-Sessue
Hayakawa-Patric Knowles**

Otros títulos de *20th Century Fox* que le interesa recordar:

¡AMBICIOSA!

Linda Darnell
Cornel Wilde

EL PISTOLERO

Gregory Peck
Helen Westcott

PINKY

Jeanne Crain
Ethel Barrymore
William Lundigan

¡SITIADOS!

Montgomery Clift
Paul Douglas
Cornell Borchers

JOSE CABALLERO ve alegre la fiesta como aficionado y trágica como pintor

ENTRE los cuadros de José Caballero, algunos de los cuales veremos pronto expuestos en una sala madrileña, descubrimos de vez en cuando el fulgor de la Fiesta de toros, que no es nunca en su pintura — fantástica como un delirio — la imagen redonda y exacta de un pase o una suerte, sino la representación casi abstracta del dramatismo, logrado en la bronca figura del toro, casi siempre, más que toro, fantasma de toro; fantasma entre fantasmas lívidos, que son sugerencias de mujer, de torero o de paisaje.

José Caballero, pintor de clara tendencia surrealista que, según él mismo confiesa, se ha inspirado en Dalí y que hoy deja advertir en sus últimas producciones un estilo mucho más libre y personal, ha descubierto pictóricamente un nuevo sentido a la representación del toro que no encuentra en la luminosa atmósfera de la pradera o el campo amarillo, sino en un ambiente cerrado y misterioso, es como si en esos paisajes donde su toro de astas ensangrentadas quisiera representar el subconsciente de toda una raza. Y, sin embargo, Caballero, como buen aficionado, nacido en tierra andaluza, quiere arte y alegría en el toro cuando lo ve como espectador. Veamos lo que sobre esto nos ha dicho cuando le hemos preguntado:

—¿Qué acusa usted más en el toro, la emoción artística o la emoción dramática?

—El arte y la gracia son para mí elementos principalísimos en la Fiesta y prefiero siempre al torero que alegre la corrida que al que le da un sentido trágico. Cualquier torero de escuela sevillana me hace pasar mejor rato en los toros que mi paisano el «Litri», al que considero muy limitado, o que el mismísimo «Manolete», que, aun reconociendo el inmenso valor de su toro, no consiguió satisfacerme nunca del todo porque le faltaba alegría.

—Pues al ver su pintura se diría que de la Fiesta sólo le conmueve a usted la tragedia.

—Eso es otra cosa. Veo la tragedia del toro fuera de la Plaza. Cuando voy a una corrida sólo soy aficionado y espectador. Para mí el dramatismo está en el toro encajonado, en el toro que pasa nostálgico, junto a la vieja estación de ferrocarril abandonada, o al que tiene como fondo un paisaje de montañas de cartón. El toro para mí, pintor, es como el ánima en pena más impresionante.

—¿Y el torero como elemento pictórico?

—No; lo veo demasiado en mariposa. Demasiado brillante, demasiado bonito...

—¿Y la corrida?

—No, comprendo la pintura de Roberto Domínguez.

—¿No le gusta a usted la indumentaria del torero?

—Sí; me parece precioso el traje de luces y, sobre todo, las innovaciones de colores blancos, luminosos, que introdujo en él «Albaicín». Y el traje campero es un verdadero acierto. Tan partidario soy del atuendo andaluz, que creo que la etiqueta en España debía ser el traje corto, con su pechera rizada en la camisa y su chupa negra ajustada. Si no fuera por temor a llamar demasiado la atención, yo no usaría otra etiqueta.

—Si lo hiciera le tomarían por un torero.

—En eso mis pretensiones son modestas.

—¿Qué quiere decir?

—Que con parecer un banderillero me conformaría. ¿No cree usted que tengo un gran aspecto de banderillero?

—Es posible.

—Pues le confieso que hubiese sido una gran ilusión para mí el ser banderillero. Yo sé que a matador no hubiera llegado nunca, y por eso, en mis sueños taurinos, que tantos españoles y algunos turistas extranjeros compartimos, siempre me he visto clavando prodigiosos pares de banderillas a toros terribles.

—De esto puede sacarse la conclusión



de que es la suerte de banderillas la que usted prefiere, ¿no?

—Sí. Y lo que siento es que esa suerte sea tan limitada. Debería inventarse la manera de que durase más; hacer alguna cosa con las banderillas antes de clavárselas al toro. Claro que con eso nos exponíamos a que el número de banderilleros disminuyera mucho. Pero quedaría perfecta la bellísima suerte de banderillas.

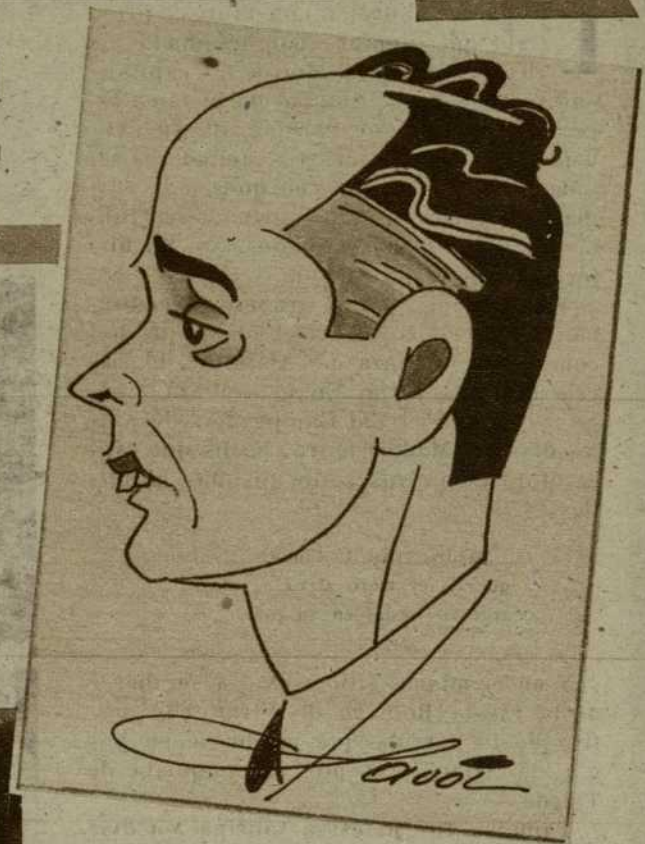
—Y ya que hablamos de estética taurina, ¿le gustan las mujeres toreras?

—Están pasadas de moda. Cuando las mujeres tenían redondas caderas; cuando se «llevaban» las flamencas opulentas, la mujer torera debía ser un espectáculo impresionante. Pero hoy una muchacha vestida de torero podría confundirse con un torero. Únicamente como amazona me gusta verla en los ruedos.

—¿Es muy vieja su afición a los toros?

—Más que yo. Yo iba a los toros desde antes de nacer, porque mi padre y mi abuelo eran grandes aficionados.

«Toros», temple sobre cartón, original de José Caballero



—¿Qué toreros ha conocido y cuáles han sido sus ídolos?

—Recuerdo que el que más ha conseguido impresionarme ha sido «Chicuelo». He sido chicuelista, y ni antes ni después me ha parecido ninguno mejor que él, que reunía toda la gracia capaz de conmoverme.

—¿Qué opina usted de las famosas «espantadas» de los graciosos toreros gitanos?

—Al que le gusta esa clase de toro prefiere opinar de los buenos momentos de sus favoritos. Para mí el perfecto aficionado es aquél que ha seguido a «Cagancho» por todas partes con la esperanza de verle un solo momento feliz entre las mil muecas del miedo.

—Y ya que ha conocido dos etapas distintas del toro, ¿quiere decirme si prefiere ésta o la anterior?

—Pues, a pesar de reconocer que antes la Fiesta era más peligrosa y los toreros se arrimaban a toros grandes y poderosos, sin aliño ninguno, estoy completamente de parte del toro de hoy, que ha ganado puntos en lo que a mí me interesa: gracia y arte. Claro que tampoco soy partidario de que los toreros se vuelvan demasiado cómodos y a que se dé cada vez menos importancia al poder del toro. Pero en cuanto al estilo de toro en sí, es superior el de hoy al de hace quince o veinte años.

—Ahora volvamos, para terminar, a su pintura. ¿Piensa hacer algún nuevo cuadro de toros?

—Sí. Quiero iniciar una serie de cuadros de retorno al paisaje español, en los que el toro jugará un importante papel.

PILAR YVARS



BRANDY
EMPERATRIZ EUGENIA
CONAC SOLERA RESERVADA
HONOR DE UN NOMBRE RECIO
EMILIO LUSTAU (JEREZ)

★ LA FIESTA DE TO

LA Villa de Madrid, no obstante el prestigio que siempre han irradiado los cosos andaluces, une a su capitalidad política la capitalidad de la fama torera. Es decir, que ratifica, da su sello definitivo a los maestros lidiadores de toda España. Con esto no queremos afirmar que debe el rango taurino a sus funciones y cualidades oficiales. No. Su historial tiene acento propio.

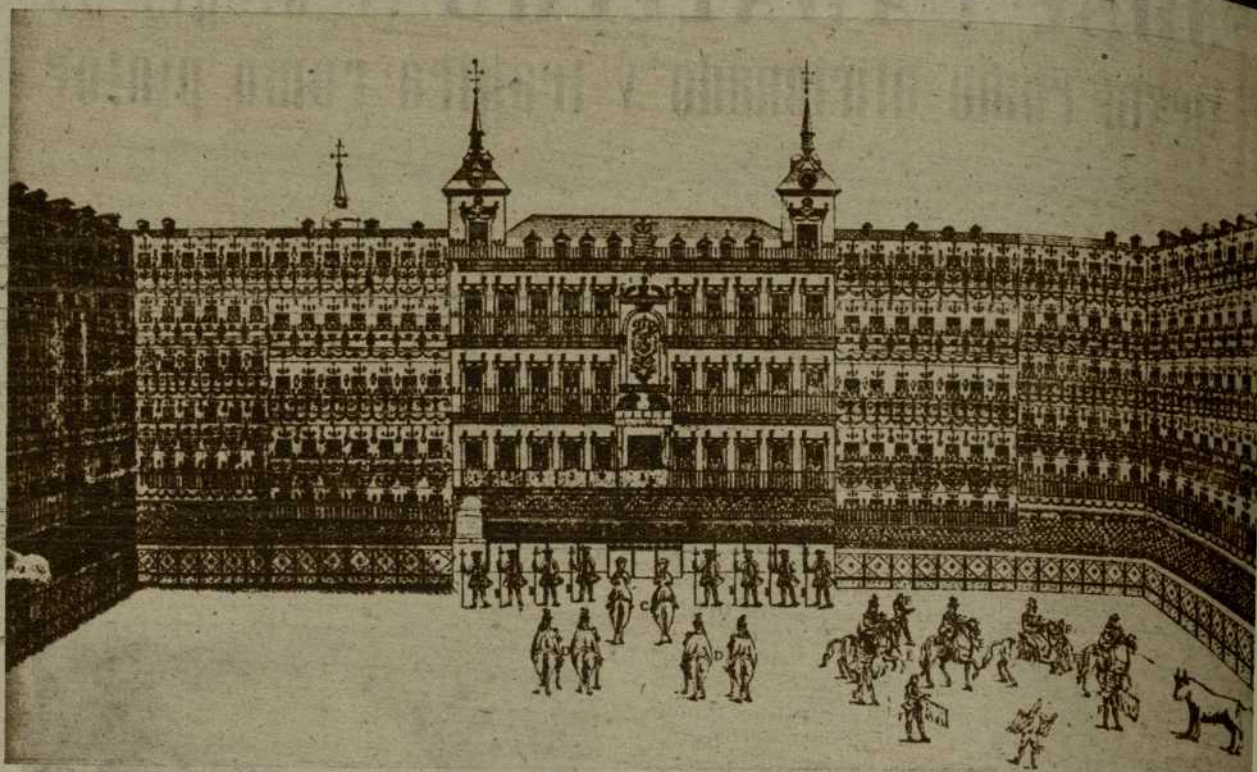
Ya en tiempo de los árabes se celebraban fiestas de toros en el lugar que hoy comprende la Plaza del Alamillo, del barrio de la Morería. En esta Plaza alanceó a caballo el Cid Campeador durante los días del Madrid moro; hecho que evoca Moratín en sus conocidísimas quintillas:

Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso...

Y en el mismo sitio volvió a ser héroe de la Fiesta Rodrigo de Vivar con motivo de la corrida que celebró en honor de Alfonso VI por la conquista de Toledo.

También fué palestra taurina, en días de visó y de regío júbilo, la explanada del antiguo Alcázar, que ahora se encuadra casi enteramente en la Plaza de la Armería. Allí lució sus alardes el toreo a caballo hasta los últimos días del siglo XVI.

Luego fué teatro del bravo espectáculo la Plaza Mayor, donde la pompa caballerisca hizo anécdota del riesgo, galardón barroco del peligro y hablilla cortesana de amores más o menos altos. Dicha plaza vino a ser, desde el siglo XVII, como el eje público de la vida española. Antes se llamó del Arrabal, y era de aspecto pobre, con casuchas sin la menor apariencia ni asomos de ningún viejo señorío. En su centro había la laguna de Luján, que llevó este nombre por las casas de los Lujanes del Arrabal, situadas muy cerca. En dos años, de 1617 a 1619, se levantó sobre aquella misera plaza la magnífica que Felipe III mandó hacer a Juan Gómez de Mora, y aun conserva



Vista de la Plaza Mayor de Madrid en una de las corridas reales

"toda la grave solemnidad castellana de los altos siglos". En 1672 y 1790 sufre violentos incendios, pero vuelve a rehacerse en pocos años. Por la Plaza Mayor desfilan los más señalados acontecimientos: proclamación de los reyes españoles por el alférez mayor de la Villa, festejos por la canonización de San Isidro Labrador, Patrón de Madrid; la muerte orgullosa, en la horca, del marqués de Sieteiglesias; las fiestas de toros en honor del príncipe de Gales, después Carlos I de Inglaterra.

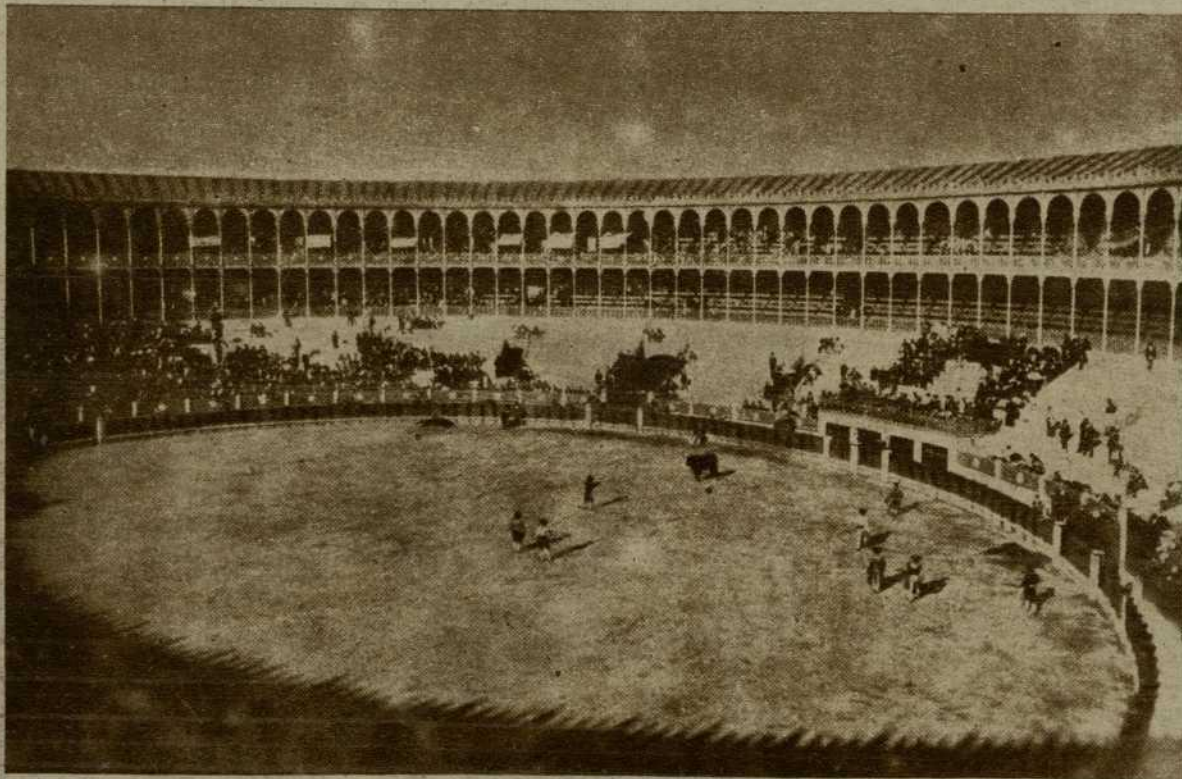
Aparte de la Plaza Mayor, el pueblo contó con otras para sus desahogos taurómacos, como fueron la de la calle de Atocha, junto a Antón Martín (donde, según una confusa tradición, debió torear Francisco Romero, abuelo de Pedro Romero, el genial espada de Ronda); la del Prado, frente al palacio del duque de Lerma; la de la Plaza de la Cebada, y la del Soto de Luzón, al lado del río Manzanares.

mandada construir por Felipe V a solicitud de las Archicofradías de San Pedro, San Andrés y San Isidro, con fines piadosos. Más tarde levantóse otra cerca de la Puerta de Alcalá, concedida por Fernando VI a la Sala de Alcaldes "para que, con los productos de las corridas, pagase los ministros de Corte". Todas eran de madera, con un aspecto provisorio de lugarón.

Deseando este rey que el pueblo madrileño contase con una gran Plaza destinada a su fiesta favorita, encargó la planificación y dirección de la obra a los arquitectos don Fernando Moradillo y don Ventura Rodríguez, quienes la dieron cima al finalizar la primavera de 1749. La Plaza construyóse extramuros de la Puerta de Alcalá, no lejos de los terrenos que ocupó la anterior. Tenía capacidad para 9.700 personas (ampliada luego). Fernando VI cedió la propiedad y explotación del inmueble a los Reales Hospitales de la Corte, los cuales eran administrados por una Junta, a la cual incumbía la organización de las funciones de toros.

La corrida que estrenó este coso tuvo lugar el día 3 de julio de 1749, con asistencia del rey. Torearon como espadas Juan Esteller, José Legurregui, "el Pamplonés", y Antón Martínez. Figuraron rejoneadores —caballeros en plaza—, practicóse la suerte del parcheo, la pica con garrochón y la lanzada a pie. La fiesta inaugural fué por la mañana de dicho día, por la tarde lidiáronse doce toros, "habiéndose un embolado para los aficionados", según rezaba el cartel.

Este circo —resistente, de cal y canto, con asientos de madera al principio y un círculo de mil cien pies— saturó de entusiasmo popular las majezas y maestrías de las primeras grandes individualidades del toreo moderno: Joaquín Rodríguez, "Costillares", inventor del volapié; Pedro Romero, artífice máximo de la suerte de recibir y del capeo a la navarra; José Delgado, "Illo", puntal el más animado de la escuela sevillana; Jerónimo José Cándido, Francisco Herrera, "Cúrrro Guillén"; Juan León, Francisco Montes, "Paquiro"; "Cúrrro Cúchares", el "Chiclanero", Cayetano Sanz, Manuel Domínguez, Antonio Sánchez, "el Tato".



Plaza de Toros de la carretera de Aragón

ROS EN MADRID



Vista de la Puerta de Alcalá y parte de la Plaza de Toros de Madrid

y más próximos a nuestros días, Salvador Sánchez, "Frascuelo", y Rafael Molina, "Lagartijo", caífa de la escuela cordobesa, hija de la rondeña.

Esta Plaza de la Puerta de Alcalá fué escenario de dos memorables tragedias del toreo: la muerte de "Pepe-Ilo", por el toro "Barbudo", de Peñaranda de Bracamonte, el día 11 de mayo de 1801, y la muerte de José Dámaso Rodríguez, "Pepete", por el toro "Jocinero", de Miura, el 20 de abril de 1862. Y en este mismo ruedo, la tarde del 21 de julio de 1850, el toro "Rumbón", de Torre y Rauri, infirió una cornada en la pierna derecha al diestro "Paquiro" —el mejor de su época—, que impidióle volver a torear.

En determinadas solemnidades y conmemoraciones tornaba la plaza Mayor a ser arena de fastos taurinos. Así hubo de serlo para las tres célebres corridas reales de 1789, organizadas por el Ayuntamiento de Madrid en homenaje a la exaltación de Carlos IV a la Corona de las Españas. Tuvieron lugar los días 22, 24 y 28 de septiembre. Lidiáronse reses salamanquinas, leonesas y vallisoletanas, que eran las más famosas de Castilla, con otras de la Mancha, Navarra y Aragón. Fueron primeros espadas Pedro Romero, "Costillares", "Pepe-Ilo" y Juan Conde. En todas estas funciones destacó la superioridad de Pedro Romero, y en la última corrida se ensangrentó repetidas veces la noble plaza señorial. Fueron lesionados varios picadores y el banderillero Joaquín Casala; sufrió un peligroso revoleón Pedro Romero, que dirigía la lidia, y el noveno toro hirió gravemente a "Pepe-Ilo". Este toro fué muerto por el "coloso de Ronda" de una soberbia estocada.

La última corrida celebrada en la plaza Mayor tuvo lugar en el año 1846, con motivo del enlace de Doña Isabel II con don Francisco de Asís. Veintiocho años después se celebró también la última corrida de toros en la Plaza de la Puerta de Alcalá, a cargo de los diestros "Frascuelo" y "Lagartijo". La Plaza de la carretera de Aragón, que precedió a la actual de las Ventas, abrióse al público el día 4 de septiembre de 1874.

Este coso, con cabida para más de 13.000

espectadores, ilustra los primeros pasos toreros de Rafael Guerra, cuando viene a Madrid de banderillero, "podándose" "Llaverito". Como tal forma parte de las cuadrillas de "Lagartijo" y Fernando Gómez, "Gallo", padre éste de una dinastía de toreros cuyos mejores representantes son Rafael, nacido en Madrid, y José, que vió la luz en Sevilla.

En la Plaza de la carretera de Aragón destacaron asimismo, además de "Guerrita", Luis Mazzantini, Manuel García, "Espantero"; Antonio Reverte, Antonio Fuentes, los dos "Bombitas", (Emilio y Ricardo), Rafael González, "Machaquito"; Vicente Pastor, Rafael "el Gallo", Rodolfo Gaona, "Joselito"... Pero los tiempos más brillantes de esta Plaza fueron del trianero Juan Belmonte, cumbre del arte-bravo en lo que va de nuestra centuria, como lo había sido Pedro Romero en la décima octava, cuando se abrió la espléndida aurora

del toreo a pie. Belmonte, con su emotiva y ceñida personalidad —nueva y única— en capa y muleta, oscurece los sabios alardes de "Joselito". Más cerca de nosotros, en mayo de 1928, realiza Manuel Jiménez, "Chicuelo", una faena inmejorable, que recoge y pone de relieve el punto culminante de una tradición torera. Igual que en los años 1912 y 1915, depura el arte de la escuela sevillana, con genialidades personalísimas, un diestro al que acabamos de citar: Rafael Gómez, "el Gallo".

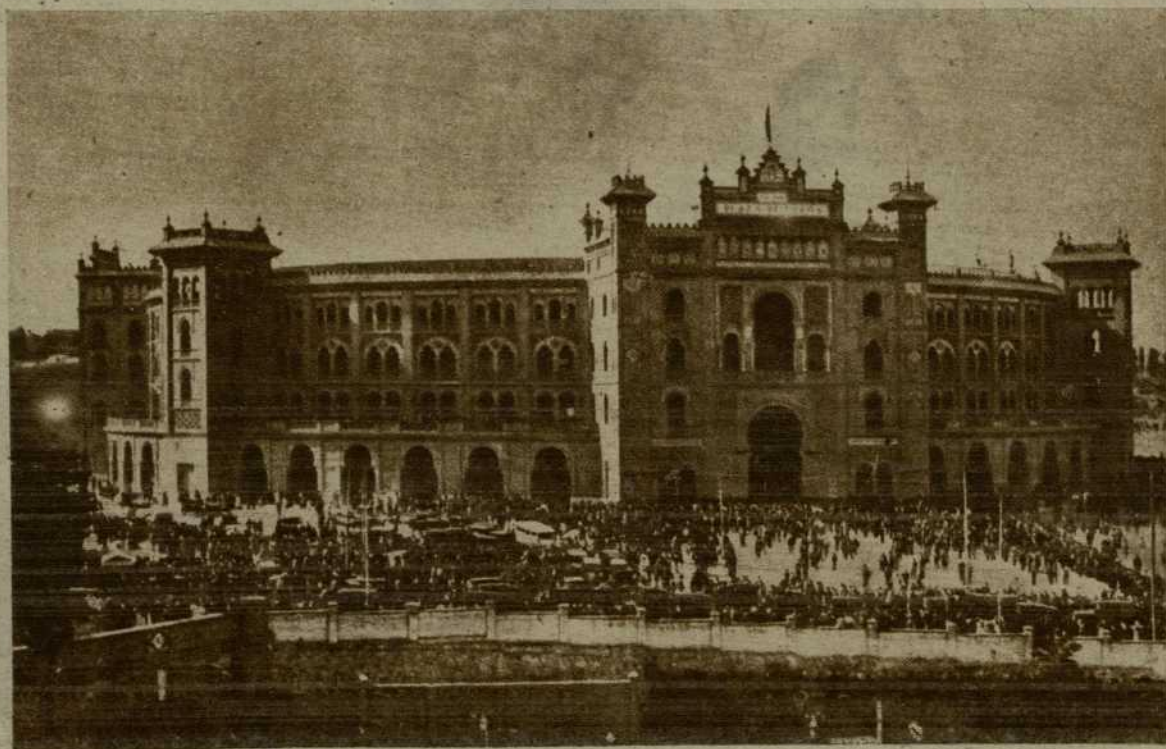
La muerte más aparatosa y emocionante acaecida en la Plaza que ahora se reseña fué, quizá, la del espada Manuel García, "Espantero" —"Maoliyo", le llamaban familiarmente—, por el toro "Perdigón", de Miura, en la tarde del 27 de mayo de 1894.

En cuanto al ruedo de las Ventas —el actual—, casi se colma con un solo nombre: "Manolete", quien perpetúa en un ritmo lento, de estilizada quietud, los estertores de la escuela cordobesa.

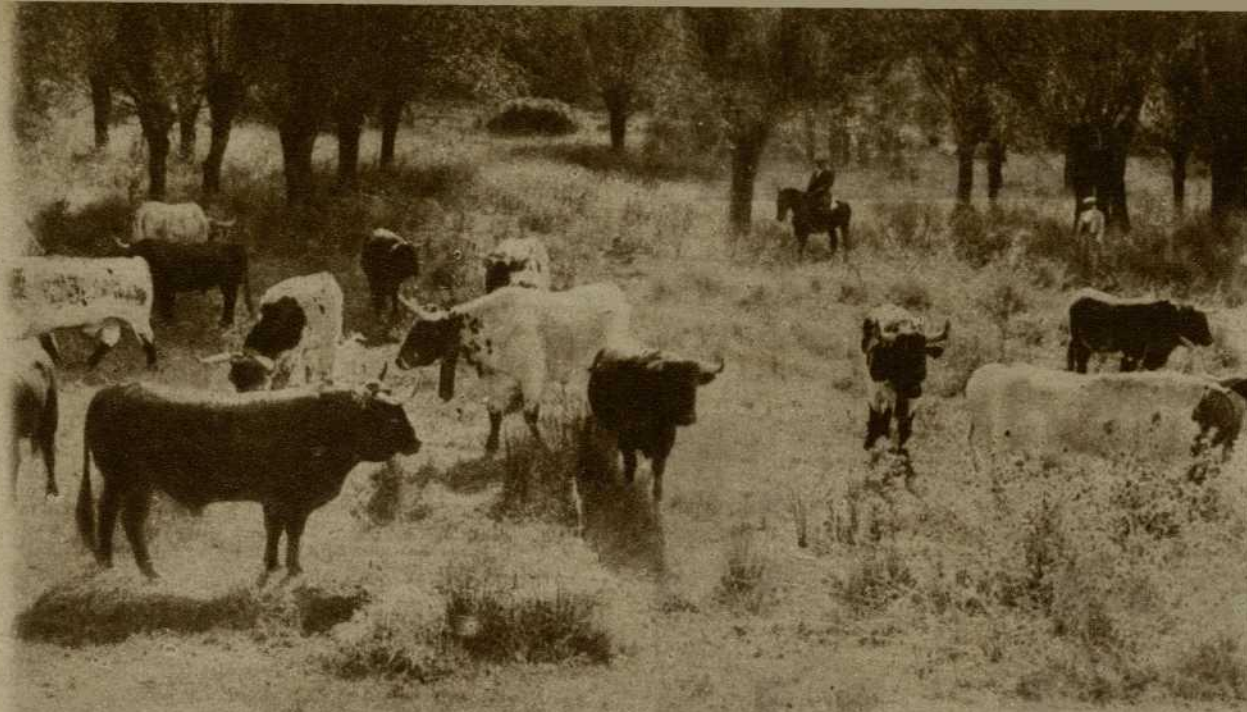
Bien puede decirse que Madrid dirige el movimiento taurino de toda España, pues al confirmar las alternativas de los matadores de toros, confirma su estirpe de capital española y de cabeza de una nación, cuya fiesta más arraigada, más propia —por muy discutible que la estimen algunos—, ofrece caracteres de singular hombría.

Es notable este privilegio de asimilación regional que ha gozado de siempre la villa madrileña. Los toreros para ser y sentirse toreros, necesitan estar vinculados profesionalmente a Madrid. A él han de llegar, en él han de medir su gloria, sus afanes, sus anhelos. Este rincón del Oso y el Madroño —o de las Siete Estrellas— es la meta y el impulso de las grandes figuras que hicieron y aun saben hacer arte del peligro y victoria de la muerte, como héroes de una gesta en la que el oro, la sangre y el sol se funden en individualidad, entusiasmo y apasionamiento.

JOSE VEGA



La actual Plaza de Toros de Madrid



Toros de Aleas en el campo de Colmenar

POCOS lugares pueden vanagloriarse de su bien ganada celebridad por la crianza de reses para la lidia como el simpático pueblo de Colmenar Viejo.

A siete leguas de la capital, mirando al Norte, sobre un terreno quebrado y arcilloso, por el que discurren los ríos Manzanares y Tejada, y a escasa distancia de los cerros "El Castillejo" y "Las Tres Mantecas", se alza la villa de Colmenar Viejo, antiguo señorío de los Mendoza y actualmente uno de los pueblos más prósperos y laboriosos de la provincia de Madrid.

Aparte de otros méritos, la principal nombradía de Colmenar Viejo se debe a su tradicional especialidad en la producción de toros bravos. No se habían regularizado aún las corridas, ni las ganaderías, por tanto, se hallaban todavía completamente organizadas por casi ningún sitio de España, y en Colmenar y sus contornos —Chozas, Manzanares, Moralarzal, Guadalix, San Agustín, Miraflores, etc.— pastaban multitud de toradas, predominando en sus elementos

y 1799, algunas, como la de don Pedro Jusdado, don Manuel Rodríguez, don Antonio Segura, don Eugenio Xerez, don Juan Alamin, don Manuel García Briceño, don Pedro Laso, don Juan Bañuelos, don Antonio Hernán, don Manuel Aleas, don Roque Santos, don Mateo Olalla, don Ramón Zapater, etc.

A principios del siglo XIX contó el término de Colmenar con un elevado número de ganaderos, que, hasta que se generalizó, en 1863, el transporte de los toros por ferrocarril y en cajones, surtieron de corridas a las principales Plazas del centro y norte de la Península. Y las conducciones de ganado bravo salían frecuentemente del campo de Colmenar caminando por veredas y cañadas, unas veces con dirección a Madrid y otras enfilando hacia La Coruña, Bilbao, San

Sebastián..., invirtiendo en estos últimos viajes de cuarenta a cincuenta jornadas, entre la ida y el regreso de vaqueros y cabestros.

Con citas de famosos ganaderos de Colmenar Viejo y sus alrededores, que con sus toros bravos y poderosos

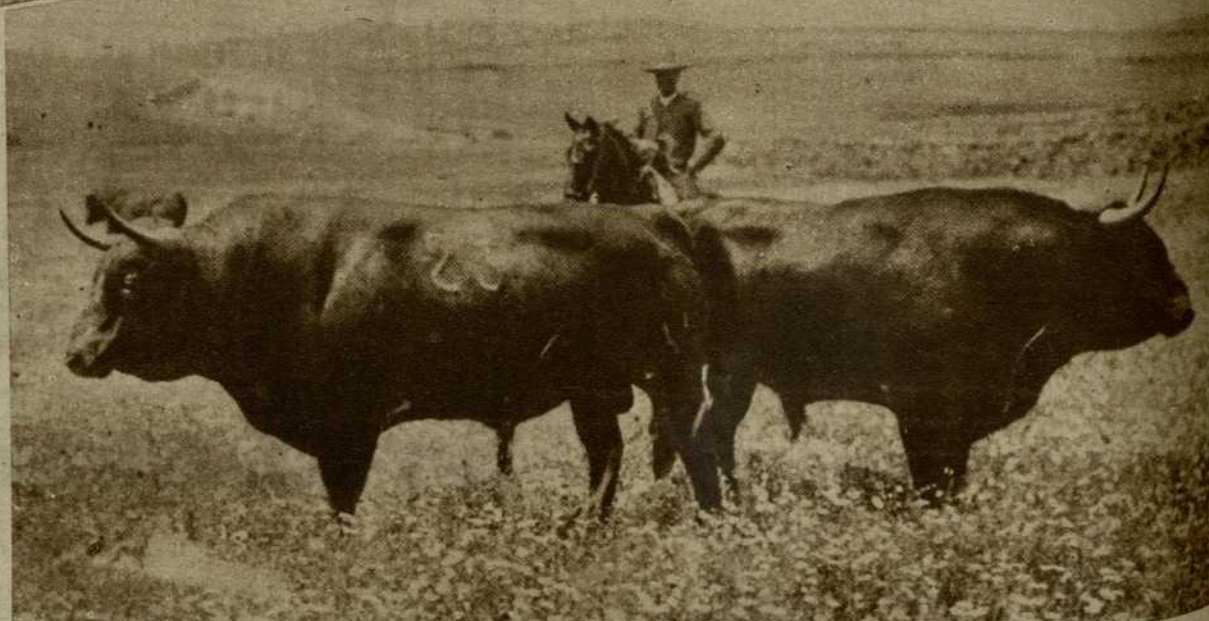
«Guerrita» arrancando a matar a «Cocinero», toro colmenareño de Félix Gómez



la fiereza y la bravura, particularidades que más adelante fueron aprovechadas para la formación de las auténticas y primitivas ganaderías colmenareñas, o de la tierra.

Hacia la mitad del siglo XVIII empezó en la comarca colmenareña la depuración de bastantes parras. Probadas y seleccionadas las reses de mejor trapío y más aparente bravura, dieron pronto origen al nacimiento de varias ganaderías bravas, que posteriormente fueron en aumento, a medida que avanzaba dicho siglo. Y por esta época alcanzaron envidiable cartel, estrenándose en la Plaza de Madrid, entre 1777

Dos preciosos ejemplares de don Julián Fernández Martínez —ganadería colmenareña extinguida—, descendientes del toro «Diano», de Ibarra



Antiguos centros de producción de reses bravas

COLMENAR VIEJO, O LOS TOROS DE LA TIERRA

—tan temidos por los toreros— mantuvieron el interés y el esplendor de la Fiesta, podríamos llenar una página. Pero ¿quién desconoce, por ejemplo, los acreditados nombres de Manuel Salcedo, Julián de Fuentes, Manuel Bañuelos, Elías Gómez, Juan Sandoval, Lucas Pinto, Miguel de la Morena, Vicente Martínez, Joaquín Mazpule, Manuel García Puente, Antero López, Félix Gómez, Carlos López Navarro, Luis Gutiérrez, Juan Pablo Fernández, etc.? ¿Y quién no ha oído hablar de otros más modernos como Félix Gómez Pombo, Prudencia Bañuelos, Manuel y José García Aleas, Julián Fernández Martínez, viuda e hijos de Félix Gómez, Justo Puente y muchos más?

Los clásicos toros colmenareños gozaron de un cartel extraordinario entre los públicos y las Empresas, aunque no fueran siempre del agrado de los diestros, por la seriedad, la pujanza, el trapío, la bravura, la cornamenta y la dureza de tales bichos.

De antiguo se consideraba a las reses de la tierra con más poder y fiereza que las andaluzas, dándose por ello mayor mérito a los espadas que se entretaban y se lucían con las primeras.

Se cuenta de "Curro Cúchares" que cuando le recomendaban algún principiante para que le protegiese, preguntaba inmediatamente:

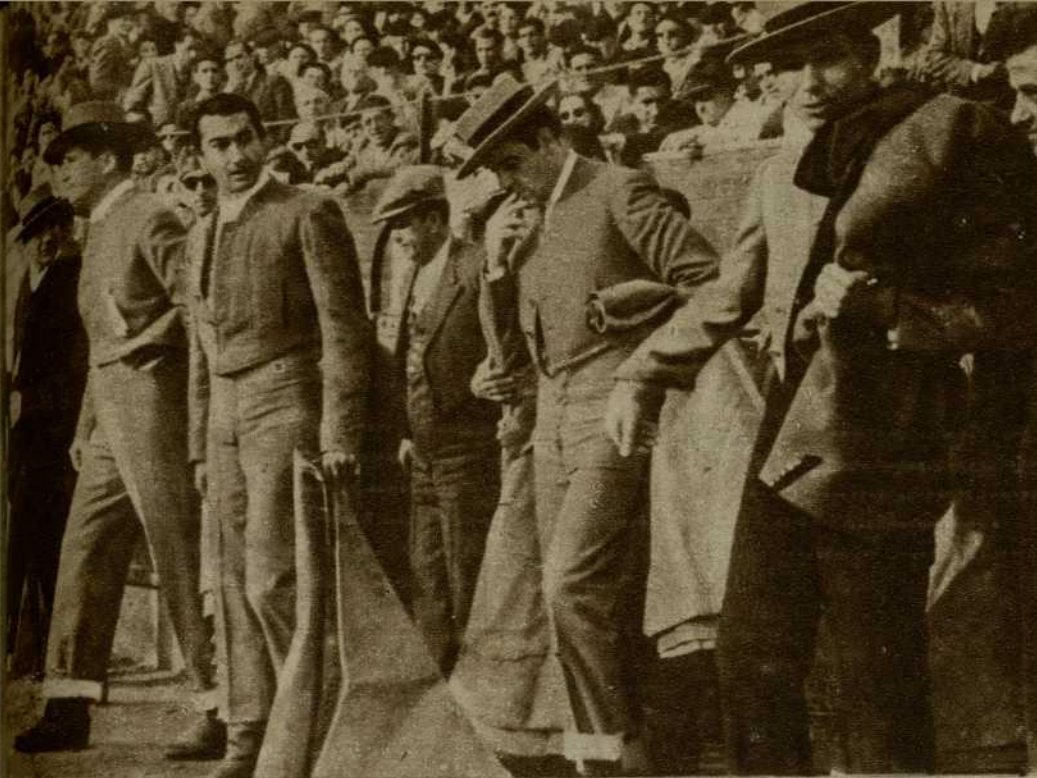
—¿Ha toreado alguna vez toros de la tierra? Si la respuesta era afirmativa, atendía, desde luego, la recomendación, interesándose por el torerillo. Pero si era negativa, se limitaba a decir:

—Pues que toree antes un par de corridas de Colmenar, y luego ya hablaremos.

Los toros de la tierra iniciaron su transformación al despuntar el corriente siglo. Por medio de acertados cruzamientos con castas más codiciadas por los toreros, las primitivas características de los celebrados bichos colmenareños fueron desapareciendo lentamente, quedando, al fin, la antigua sangre totalmente absorbida por la andaluza de Vistahermosa.

El toro "Diano", de Ibarra, marcó la pauta, cambiando radicalmente la vacada de Martínez. Y tras ella siguieron el camino de la renovación las ganaderías de doña Prudencia Bañuelos, don Manuel y don José García Aleas y la de la señora viuda e hijos de don Félix Gómez, clásicas divisas de Colmenar, de las cuales sólo subsisten las de Aleas y de Gómez.

AREVA



Los matadores inician el paseo



Domingo Ortega toreando al natural



Un pase por alto de «Gitanillo de Triana»

UN FESTIVAL TAURINO EN TUDELA (NAVARRA)

Cartel: Cinco novillos de Eugenio Ortega, de Añoover de Tajo, para Domingo Ortega, «Gitanillo de Triana», Curro Caro, Julián Marín y Rafael Albaicín

CON motivo de la feria de ganados, el tudelano Julián Marín organizó un festival taurino que dió animación a la simpática ciudad e hizo afluir a la misma muchos aficionados regionales.

Los novillos de Eugenio Ortega, bien presentados, a tono con el carácter del festejo, y aun alguno, sobrepasando ese carácter, tuvo genio, aunque no bueno, y la buena voluntad de los lidiadores salvó los escollos que se presentaron.

Los espadas no se sujetaron a su respectiva antigüedad y despacharon las reses por el orden siguiente:

Julián Marín, el organizador, esbozó al primero, tallado y con fuerza, de una estocada, un pinchazo y un descabello al segundo intento, después de haberlo toreado bien de capa y muleteado con amplio repertorio, finalizado con desplantes vherosos. Fué ovacionado, cortó la oreja y dió la vuelta al ruedo. Tuvo la atención —que le agradezco— de brindarme la muerte del de Ortega. Desde aquí le felicito por el buen éxito económico y artístico del festival.

El maestro Domingo Ortega dió su acostumbrada lección de torero en estos festivales desde que inició los primeros lances de capa, para terminar con un muleteo suave con la derecha y con la izquierda que entusiasmó a la clientela; entusiasmo aumentado al ver rodar al novillo con media estocada en la propia yema. La ovación fué gorda, con la concesión de orejas y rabo.

Todavía, en el novillo siguiente, volvió a abrir la cátedra para corregir la mala embestida del novillo con una serie de verónicas suaves. Y nueva ovación en este momento y al marcharse de la Plaza.

Curro Caro trabajó a gusto con el capote y la muleta, principalmente con ésta. La faena, lo mismo que las de sus dos compañeros, fué amenizada por la música con justicia notoria. Una estocada honda y arriba finiquitó su intervención, y, como para Ortega, hubo concesión de orejas y rabo.



Un lance de Curro Caro



El novillero peruano Morote, que actuó de peón a las órdenes de Ortega, es volteado aparatosamente, sin consecuencias

A «Gitanillo de Triana» le correspondió un novillo bronco, que tiraba muchas cornadas y proporcionó una voltereta seria al novillero peruano Gregorio Morote, al pretender estirarse en unos lances de capa, y también al banderillero «Minuto» le tiró un hachazo limpio y seguro. Mató de media estocada caída y un descabello al tercer intento. Dió la vuelta al ruedo.

Rafael Albaicín, en el último, se paró en alguna ocasión al torearle de capa, serie de verónicas rematada con media muy buena. Pinchó dos veces, y al dar una entera final se cortó parcialmente el tendón del pie derecho, y en tanto caía el novillo, Rafael, en brazos, fué trasladado a la enfermería. Un final desagradable de un festival entretenido.

DON INDALECIO



«Albaicín», lesionado en un pie, es conducido a la enfermería (Foto Chapresto)

La pequeña historia de los picadores actuales

TELESFORO GONZALEZ,
«el Anguila», lleva treinta
y siete años de picador

«Cuando el público y los
matadores dejaban picar...»

EN un colnado madrileño, rara supervivencia de tiempos sin cafeterías americanas, encontramos un motivo biográfico en la persona de un hombre cuya edad delata que está viviendo los últimos capítulos de su vida torera.

Este hombre, de arrugado semblante y de acusada simpatía en el gesto, es Telesforo González Velasco, mucho más conocido por «el Anguila».

El «Señor Teles» comienza a hablar con una fluidez que muchas veces se anticipa a las preguntas. Sus horas profesionales surgen en sus labios con la impetuosidad de un muchacho.

—Llevo treinta y siete años picando, cifra de campeonato, en competencia con otros dos «chaveas»: «Farnesio» y «Boltanés».

—Tres tipos magníficos para ejemplo de los picadores que empiezan.

—¡Dichosos los novatos! Ellos han venido a conocer una profesión que tiene ya muy poco de peligrosa.

—De ese tema hablaremos más tarde. Para empezar, díganos su edad.

—El día 6 de febrero cumplire justamente sesenta y tres años.

—Madrileño, ¿no es cierto?

—Nato de adopción, puesto que a los cinco años de mi nacimiento, ocurrido en Calatayud, trasladaron a mi padre a los servicios centrales de lampistería de la Compañía M. Z. A.

—Siempre fué usted aficionado a los toros?

—Mi afición se remonta a mis tiempos de chaval. Sin cumplir los trece años, entré de «monosabio» en la Plaza vieja de la carretera de Aragón. Me «doctore» como especialista de caballos de lidia en los ocho años largos que permaneci junto a tan aventajados condiscipulos como «Magritas», «Farnesio» y Basilio Barajas.

—¿Algun recuerdo de aquellos tiempos?

—Tantos, que llenarian su provisión de cuartillas.

Aquellas corridas eran más ricas en sucesos, afortunados o desgraciados, que las actuales. De este último tipo recuerdo la mortal cogida de Miguel Freg. Lidador entero, tuvo arrestos para desasirse de los que pretendimos cogerle e ir por su pie hasta el umbral de la enfermería, donde cayó sin vida. Llevaba una cornada en la yugular. Un toro de la misma corrida estuvo a punto de darle otro disgusto a Hipólito. Yo tuve el acierto de hacerle el quite con nuestra varita mágica. Y sobre la satisfacción de haber evitado una cogida, recogí una espuesta de pesetas y calderilla.

—¿Cuándo ocurrió su debut?

—Tan pronto mis jefes, los hermanos Monge, entendieron que podía presentarme sin hacer el ridículo, me autorizaron, el 29 de junio de 1913, a que saliera para picar una corrida de Contreras anunciada para «Rublo de Valencia», Pascual Bueno y «Alcalareño». Piqué cuatro toros en la misma puerta de chiqueros, y no lo haría tan mal cuando «Oulzuras» me dedicó gran parte de su crónica.

—¿Después...?

—Al año siguiente entré en la plantilla de Emilio Méndez. Estuve hasta el 16, en que, para cubrir la vacante de «Farnesio», fui alta en la cuadrilla de Rodolfo Gaona.

—¿Mucho tiempo con «el León» mejicano?



—Hasta su despedida, en 1920. Al constituir Sánchez Mejías su agrupación para hacer la campaña de Lima de 1921, emparejé con «Manos Duras»; de banderilleros fueron Victoriano Boto, «Regaterín», y «Rosalito de Valencia». Toreamos mucho a buen dinero, y al regresar acepté un contrato con «Nacional II». Sucesivamente, he estado varias temporadas con «Armillita», Lorenzo Garza, Fuentes Bejarano, Pedro Barreira y Rafael Llorente.

—Y durante la pasada temporada, ¿qué hizo usted?

—Lo que todavía pienso hacer la próxima: picar mientras haya un espada que adquiera mis servicios. No actúe en Madrid, pero aun sumé catorce festejos, entre corridas y novilladas sueltas.

—¿Con quienes ha trabajado más a gusto?

—Con todos, pero muy en particular con el señor Rodolfo, Garza y los hermanos «Nacional». Todos ellos sabían dar un sitio a cada subalterno y recompensarlos con esplendidez y, lo que es mejor, con palabras de elogio.

—¿Y los más oportunos en los quites?

—Cuando yo empecé, «Bombita» y Vicente Pastor eran los espadas que más tranquilidad nos ofrecían. Luego vino un Juan Antón, «Nacional II», al que con toda justicia se le llamó «el rey del quite».

—Usted ha sido muy castigado por los toros.

—Regular. Uno de Murube, en la primera del abono madrileño de 1915, me empujó en el aire, al marrarle, enganchándose por la espalda. Fracturas de huesos y magullamiento de costillas tengo para llenar un carro. Con aquellos toros, y sin peto, los picadores teníamos que ser de cemento armado. En cambio, hoy, cualquier muchachuelo puede pavonearse de ser picador, aun cuando no sepa poner el pie en el estribo.

—¿Tanto estira la diferencia de épocas?

—Anoté usted este elocuente detalle. A todas las ferias solían acudir picadores sin contrata, en la seguridad de que en el transcurso del abono les llegaría el turno de sustituir a cualquier perniquebrado. Y yo pregunto: ¿ocurre hoy esto?



Telesforo González, «Anguila», dibujo de E. Segura

Una de las buenas intervenciones de «Anguila», en el ruedo de la Monumental de Barcelona

Telesforo González cumple su cometido, esta vez encerrado en tablas



—No interrogue, amigo «Anguila», y conteste, en cambio. ¿Ha ganado mucho dinero?

—Mucho; pero como los dineros del sacristán, los de los toreros, «por donde vienen se van». De ahí mi necesidad de tener que seguir picando, mientras me contraten y tenga «rasmia» para echar la vara.

—Aquellos tiempos que usted conoció eran, por lo que dice, mejores para el buen piquero?

—Sin discusión.

—¿Por qué?

—Ante todo, porque público y matadores nos dejaban picar recreándonos en la suerte. Ahora, como toda la lidia se lleva bajo el signo de la velocidad, no queda margen para otra cosa que no sea meter el palo hasta la arandela, y cuanto más de prisa, tanto mejor.

—¿Cree usted que las grandes figuras que fueron del primer tercio se atemperarían a los modernos patrones?

—Hoy, «Agujetas», Camero, «el Bronceista», «Centinmo», «Veneno», Marinero, «Zurito» y tantos otros maestros, habituados a tener voz y voto en el seno de las cuadrillas, no podrían picar, al menos al gusto de muchos matadores.

—¿Trató usted a «Zurito», el viejo?

—Ya lo creo. Me parece estar viendo al señor Manuel. A tal extremo supo hacer respetable la profesión, que no hubo cabeza de cuadrilla que se permitiera tocarle. Para él, picar era un verdadero sacerdocio. Yo en la última época de su vida tuve el gran honor de figurar como compañero suyo en la Feria de Valencia. En una corrida de Villamarta picó al primero con maestría inimitable. «¡Bravo, viejo...!», le gritaban desde los tendidos. Y él, sin perder su cachazuda seriedad, rezongaba: «¡Vieja..., la ropa! ¡Yo, nunca!»

Por mi parte, sin llegar ni con mucho al prestigio de Manuel de la Haba, aun tengo arrestos, a los treinta y siete años de profesión, para demostrar que es la chaquetilla, y no su dueño, la que va envejeciendo.

F. MENDO



VALDESPINO
JEREZ y COÑAC



For los ruedos del MUNDO

APARICIO GANÓ EL ESCAPULARIO DE ORO

Ha sido otorgado el Escapulario de Oro al diestro español Julio Aparicio, que ha sido el torero que más orejas y rabos ha cortado durante las corridas de Feria de Lima.

JORGE AGUILAR TRIUNFO EN LA MONUMENTAL

En la Monumental de Méjico se celebró el pasado domingo una novillada en la que actuaron, mano a mano, Jorge Aguilar, «el Ranchero», y Eduardo Vargas. Las reses de La Laguna, bien presentadas, dieron buen juego. Jorge Aguilar cortó las dos orejas y el rabo de sus dos primeros y fué ovacionado en el otro. Eduardo Vargas estuvo muy bien en sus novillos, pero no tuvo suerte al herir. La Empresa regaló un novillo, que fué despachado muy bien por el sobresaliente. Los dos espadas y el sobresaliente fueron sacados a hombros.

MALA NOVILLADA EN EL TOREO

En la novillada que se celebró el pasado domingo en la Plaza mejicana de El Toreo no se divirtió el público. El ganado de Coaxamalucan fué chico y de mal estilo. Humberto Moro y Antonio Durán no hicieron nada sobresaliente.

NO SE LLEGA A UN ACUERDO EN MEJICO

Por el momento no se ha logrado llegar a un acuerdo entre el empresario de la Monumental de Méjico, señor Gaona, y la Unión de Matadores mejicanos. La Empresa de El Toreo anunció que iba a empezar la temporada de corridas de toros, pero hasta ahora nada ha hecho y parece difícil que consiga organizarla.

EN HONOR DE JUAN POSADA

El pasado martes un numeroso grupo de admiradores del novillero Juan Posada obsequió a éste con un vino de honor. El acto, agradable en extremo, sirvió para manifestar una vez más las muchas simpatías y el gran número de admiradores que tiene el torero onubense.

El vino fué servido con esplendidez por la Casa Agustín Blázquez.

CONCURSOS SOBRE EL CENTENARIO DE «PAQUIRO»

La Comisión que organiza para el mes de abril próximo la conmemoración del centenario de la muerte del torero de Chielana Francisco Montes, «Paquiro», anunciará en breve tres concursos con premios importantes. Uno de ellos para premiar el mejor romance en el que se refleje la personalidad de «Paquiro», otro para una serie de artículos que analicen su vida y su arte y otro para pintores y dibujantes que proyecten una lámina en cerámica, que se fijará en la casa natal de «Paquiro».

TOROS DE LIDIA EN LA ISLA DE CURACAO

Como se recordará, hace dos meses fueron embarcadas para América sendas corridas de Miura, Buendía y Arruza. Estos toros se encuentran en la isla de Curacao. Ha muerto uno y los otros diecisiete pastan en la isla y son un motivo más de atracción para los turistas.

MISA EN EL SANATORIO DE TOREROS

Con motivo del aniversario del fallecimiento del fundador de la Asociación Benéfica de Toreros, Ricardo Torres, «Bombita», y en sufragio de su alma, de la del asesor administrativo, don Carlos Caamaño Horeasitas, y de las de los socios profesionales, protectores y de mérito fallecidos, se celebraron ayer, miércoles, misas en la capilla del Sanatorio de Toreros, a las once, once y media y doce. Asistieron los toreros residentes en Madrid, críticos taurinos y aficionados.

EL FESTIVAL DEL DIA 3 EN CORDOBA

El festival que tradicionalmente organiza en Córdoba el Arma de Artillería en honor de su Pa-

Julio Aparicio ganó el Escapulario de Oro. - Jorge Aguilar triunfó en la Monumental de Méjico. Los toreros mejicanos sindicados y el empresario Gaona no llegan a un acuerdo. - Se ha casado el ganadero don Rogelio M. del Corral. - Toros españoles en la isla de Curacao. - Falleció el ex novillero García Mitje. - Ha muerto una hija de «Chopera». - Ha sido disuelta la Asociación Benéfica de Toreros Cómicos. - La cruz de Isabel la Católica a Luis Miguel Dominguín

trona, Santa Bárbara, se celebrará el próximo día 3. Lidarán novillos de Marceliano Rodríguez Antonio Bienvenida, José María Martorell, Manuel Calero, Calerito, y «Pepillo de Valencia».

HA FALLECIDO EL EX NOVILLERO MANUEL GARCIA MITJE

En la Casa de Beneficencia, de Alicante, falleció, a los setenta y tres años, el que fué novillero sevillano Manuel García Mitje. Descanse en paz.



MURIO UNA HIJA DE «CHOPERA»

En San Sebastián falleció el pasado día 25 la distinguida señorita Carmen Martínez, hija del popular empresario don Pablo Martínez Elizondo, «Chopera». Descanse en paz la finada y reciban sus familiares la expresión de nuestra condolencia.

SE HA DISUELTO LA ASOCIACION DE TOREROS CÓMICOS

Ha quedado disuelta la Asociación Benéfica de Toreros Cómicos. «El Bombero Torero», que la presidía, ha entregado los fondos —11.000 pesetas— al doctor Jiménez Guinea para que las destine a mejoras en la sala que dirige en el Hospital Provincial de Madrid.

SE VAN A REUNIR LOS GANADEROS

Para estudiar los problemas que tienen planteados se reunirán próximamente en el Sindicato Nacional de Ganadería los ganaderos de las regiones charra, centro y Andalucía.

EL 1 DE DICIEMBRE SE CONSTITUIRÁ LA NUEVA DIRECTIVA

Los toreros que resultaron elegidos para la Directiva del Grupo Taurino del Sindicato Nacional del Espectáculo se posesionarán de sus cargos, en solemne acto público, el día 1 del próximo diciembre, a las doce de la mañana, en la Jefatura del Sindicato Nacional.

BODA DEL GANADERO DON ROGELIO M. DEL CORRAL

En el templo de San Jerónimo, de Madrid, se celebró días pasados el enlace matrimonial de la bella señorita Isabel Cambrónero con el ganadero

salmantino don Rogelio M. del Corral. Nuestra enhorabuena.

FESTIVAL EN CARRION DE LOS CESPEDES

En Carrión de los Céspedes se celebró el pasado domingo un festival taurino en el que actuaron Manolo González, Rafael Ortega, Alfredo Jiménez y Pablo Lozano. Todos estuvieron muy bien y cortaron orejas.

GRATITUD DE LA ASOCIACION «LA VEJEZ DEL TORERO»

Firmada por Andrés Gago, recibimos una carta de la «Asociación Benéfica de Socorros a la Vejez del Torero», en la que, en nombre de la Junta Directiva y de los asociados, se da las más sinceras gracias a cuantos han contribuido al éxito de la corrida celebrada este año para coadyuvar a los humanitarios fines de la entidad. Se hace especial mención de la Real Maestranza de Sevilla y de su presidente, el excelentísimo señor marqués de Contadero; de los periódicos de Madrid y Sevilla; de los señores Ruiz y Belmonte, gerentes de la Plaza de Toros de Sevilla; del excelentísimo señor



Festival en Carrión de los Céspedes. Rafael Ortega, Pablo Lozano, Alfredo Jiménez y Manolo González antes de hacer el paseo (Foto Vilches)

Días pasados se celebró en Madrid un banquete en honor del novillero Joselito Alvarez. He aquí la presidencia del acto (Foto Cano)

duque de Pinhermoso; del ganadero señor Lamié de Clairac, y de los matadores de toros Manuel dos Santos, «Calerito» y Chaves Flores. Finalmente se invita a cuantos quieran contribuir a la labor de la Asociación a que soliciten un boletín de socio protector.

LA CRUZ DE CABALLERO DE LA ORDEN DE ISABEL LA CATOLICA A LUIS MIGUEL

En la noche del martes, y en un acto íntimo, se hizo entrega a Luis Miguel Dominguín del diploma en que consta la concesión de la Cruz de Caballero de la Orden de Isabel la Católica que le ha concedido el Gobierno español.

Como se sabe, esta condecoración le fué otorgada al popular matador de toros por su actuación desinteresada en favor de los damnificados por los terremotos del Ecuador en la corrida celebrada en Quito, patrocinada por S. E. el Jefe del Estado, generalísimo Franco, y en la que tomó parte Luis Miguel con su hermano Pepe y Félix Rodríguez, lidiando toros españoles regalados a tal fin por varios ganaderos.

Hizo la entrega el director general de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, señor Cañal, en presencia del ministro del Ecuador, señor Rumazo; del director general de Política Exterior, señor Erice; del alcalde de Madrid, señor Moreno Torres; del director del Instituto de Cultura Hispánica, señor Sánchez Bella; del director del Banco de Crédito Local, señor Fariña, y de otras personas.

Luis Miguel dijo unas palabras de agradecimiento para el Gobierno y S. E. el Jefe del Estado, y el ministro del Ecuador, señor Rumazo, contestó expresando asimismo la gratitud de su país por el gesto de amorosa solidaridad que tuvo España ante la catástrofe ocurrida en aquella República americana.

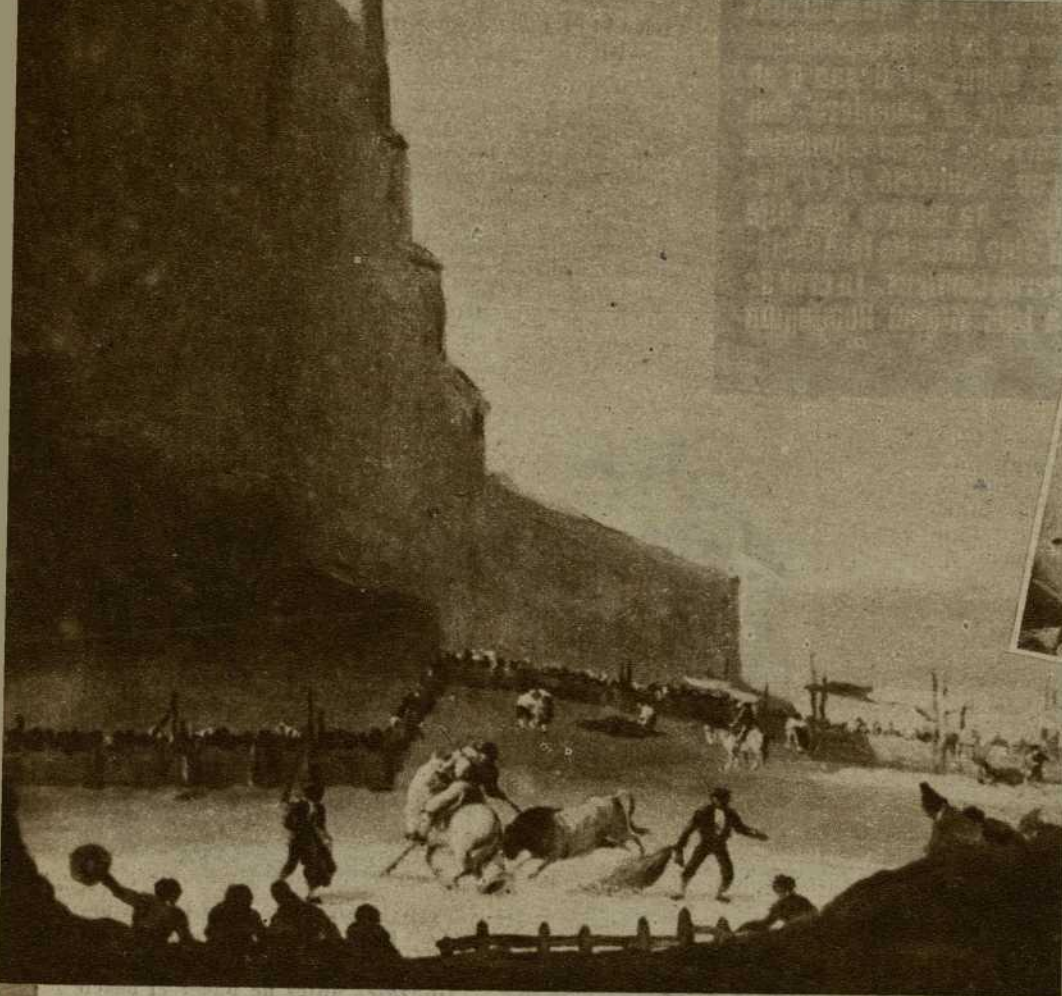
SOLO POR 35 PESETAS

Aprenderá Contabilidad estudiando el modernísimo libro de texto «CURSO COMPLETO DE CONTABILIDAD». Solicítelo a «EDITORIAL RI-POLLES». Bravo Murillo, 29, Madrid.

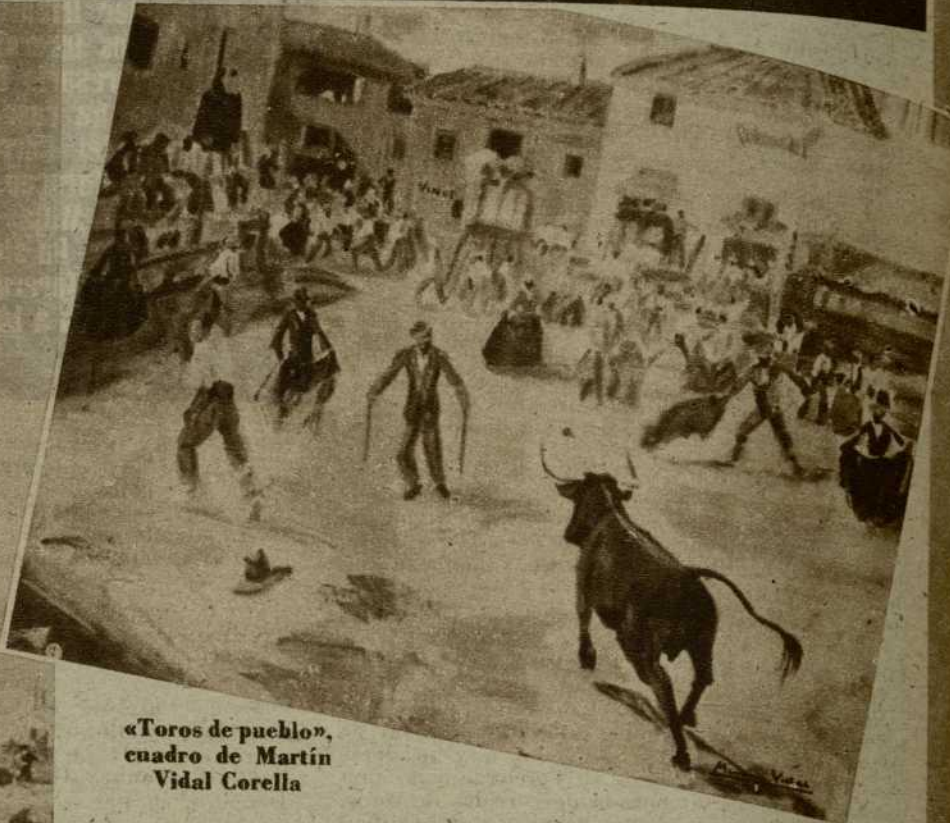
(Envíos a provincias contra reembolso)

EL ARTE Y LOS TOROS

Las corridas de pueblo

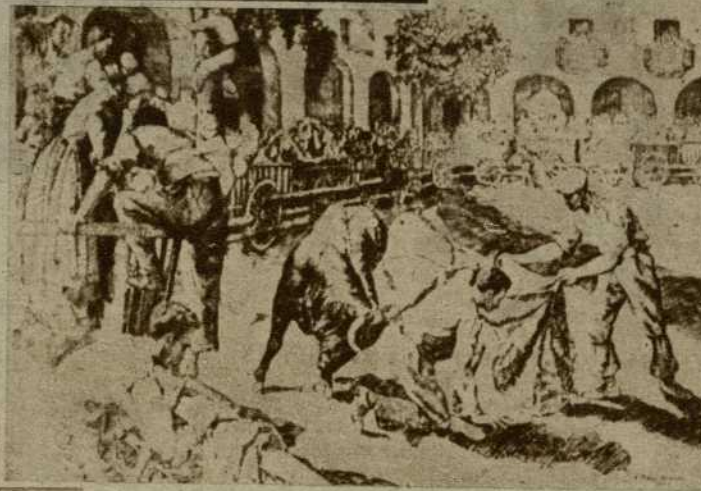


«Toros de pueblo»,
cuadro de Martín
Vidal Corella



«Corrida de pueblo»,
por Gómez
Díaz

LÓGICO es que en este deseo de explorar en la pintura taurina vayamos a la vez clasificando ésta con arreglo a la diversidad de asuntos, dentro de la temática, según su aspecto anecdótico o la escena que trata de reflejar. No hace mucho ocupábanos del «encierro» como asunto pictórico, bien difundido y divulgado por los artistas de todas las épocas, y hoy traemos al comentario esas corridas pueblerinas, pintorescas y llenas de color local, en las que por diversidad de circunstancias la emoción de la lidia tiene no pocas veces caracteres de tragedia, una tragedia silenciosa, anónima, escalofriante, sin el premio del aplauso y el



«Capea en el pueblo», por Pilar Millán Alosete

perfiles de profunda humanidad y drama, donde se ensayan y ejercitan toreros valerosos, llenos de pundonor, muchas veces puesto en tela de sacrificio en holocausto de una afición desmedida y malograda, por azares adversos del destino: capeas de pueblo, con pretensiones de corrida en serio, sin picadores, sin apenarías; corridas de pueblo, en fin, donde una juventud inconsciente, en la flor de la vida, lo arriesga todo por vestir unas horas el traje de luces, un traje deslucido, opaco, sin reflejos, porque la luz toda de sus alamares se apagó con el polvo y la sangre de tanto y tanto ruedo. Cuatro obras traemos hoy a estas páginas, que entran de lleno en el aspecto taurino que comentamos. Son sus respectivos autores el ilustre pintor valenciano Martín Vidal Corella, el mejicano Antonio Navarrete, Pilar Millán Alosete y Miquel Gómez Díaz.

«Toros de pueblo», de Vidal Corella, es una prueba más de su habilidad pictórica. El tema entra de lleno en su dedicación. Pudiera decirse que es el «leitmotiv» de su pintura, dedicada casi exclusivamente a llevar al lienzo escenas puebleri-

nas, aspectos taurinos de esas corridas, donde los toreros en embrión ejercitan sus facultades soñando en una notoriedad que tal vez no conseguirán nunca. El pincel de Martín Vidal Corella se ha movido en esta ocasión con soltura por la tela, dejando que el color, en un efectismo de contrastes, sin cromatismo alguno, tenga toda esa rica variedad de gamas o tonos de luces y contrastes característicos de este artista valenciano, cuyas raíces pictóricas tanto podemos encontrarlas en su maestro, José Benlliure, como en todos y cada uno de los artistas mediterráneos de finales de la pasada centuria.

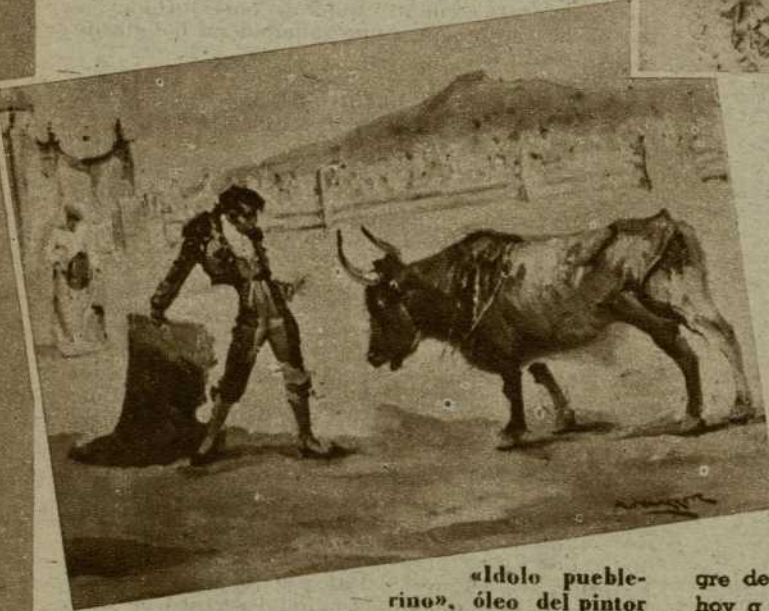
«Idolo pueblerino», de Antonio Navarrete, es, quizá, una de las mejores obras de este artista, del que hace mucho tiempo no vemos cuadros suyos. Pintura de suaves tonos, sin grandes complicaciones, pero honrada y noblemente ejecutada, donde la sobriedad de la pincelada pregonaba la técnica, el procedimiento y la lealtad ejecutiva de este joven artista, tan aficionado y devoto del tema taurino.

Pilar Millán Alosete, en «Capea en el pueblo», nos da una excelente lección de dibujo, en la que se ha resuelto un difícil problema de composición, y en el que las figuras tienen vida propia, movilidad, exacta actuación plástica. Obra que justifica sobradamente la pericia artística de su autora, experta y notable mantenedora de esa difícil y sensible disciplina que es la pintura.

Miquel Gómez Díaz, pintor, ceramista y excelente dibujante, cuya línea pictórica responde a la temática y al estilo del de los maestros del primer período romántico, es en este cuadro, «Corrida de pueblo», el pintor de siempre, enamorado de la luz y de las sombras, de los paisajes sobrios, austeros, de una Castilla ochocentista, donde las siluetas de los majos se perfilan y recortan en una zona de luz solar que hace más vivos los contrastes, resaltando la gracia de las figuras de primer término, personajes anónimos de estas leyendas pictóricas taurinas de Gómez Díaz, continuador de la escuela de los Lucas.

«Corridas de pueblo, recogidas al través del arte de cuatro pintores ya conocidos del público, y cuyas obras hoy brevemente reseñamos.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



«Idolo pueblerino», óleo del pintor
mejicano Antonio Navarrete

homenaje de un público docto o entendido. La gran tragedia de las Plazas pueblerinas, sin condiciones, sin llamativa y vistosa espectacularidad, con el pintoresquismo de su rápida improvisación, que muchas veces tantas vidas ha costado. Corridas de pueblo con toreros anónimos, desconocidos, que nacieron a la profesión en aquel momento o pocos meses antes. Escuelas de tauromaquia con



CONSULTORIO TAURINO



Domingo Ortega

riamos por tal programa ni el valor del papel.

830. E. P. F.—Barcelona.—Domingo Ortega «debutó» en Madrid el 16 de junio de 1931, para confirmar su alternativa, y fué anunciado en la forma que lo ha sido siempre, pues el apellido paterno López de dicho diestro nunca ha figurado en los carteles.

831. P. P. F.—Almendralejo (Badajoz).—En nuestra respuesta número 310 publicamos ya cuanto desea conocer usted referente al diestro Miguel Báez y Espuny, «Litri».

832. F. R. G.—Sevilla.—En las estadísticas correspondientes a las temporadas taurinas de los años 1947 y 1948 no aparece novillero alguno llamado José Rubio. Si toreó en dichos años sería en poblaciones sin importancia y en espectáculos de los que no se da publicidad.

833. D. R. P.—Barcelona.—En nuestra respuesta núm. 635 se publicaron ya los datos que usted desea conocer, y es extraño que siendo asiduo lector de EL RUEDO no se enterara oportunamente.

834. A. R. O.—Sevilla.—El semanario «El Arte Taurino» empezó a publicarse en esa ciudad en el año 1892 y nosotros conocimos hasta la colección del año 1894. Publicaba primorosos grabados, por el procedimiento de fototipia, parecido al huecograbado actual, y lo dirigió don Manuel Alamo, «Paco Pica Pocos».

835. M. P.—Alicante.—Los aguacilillos que intervienen en las corridas de toros recuerdan a los dependientes de la Autoridad en el siglo XVII y vinieron a suplir a la fuerza militar en el despojo de la Plaza. La ropilla con que van ataviados es la de tales dependientes durante el reinado de Felipe IV (1621-1665).



Un burladero

829. A. C. D.—Valencia.—El programa que es objeto de su pregunta carece taurina mente de valor histórico, por no encerrar interés alguno, ya que el espectáculo que en él se anuncia no correspondía al reclamo que de él se hacía. Nosotros no da-

837. A. M. R.—Pola de Siero (Asturias).—En nuestra respuesta número 66 dimos ya cuenta de los primeros pasos de Luis Miguel Dominguín como profesional del toreo.

838. R. T.—Valencia.—Para decir los puntos que calzaba como profesional el diestro por quien usted nos pregunta no encontramos nada mejor que reproducir este epitafio epigramático del P. Francisco Gregorio de Salas (1755-1822):

*Aquí yace sepultada
de un pretendiente prolijo
la esperanza más osada:
—O César o nada— dijo,
y se salió con ser nada.*



Luis Mazzantini

La última corrida que don Luis toreó en Madrid fué el 4 de octubre (y no el 11) del año 1903, con «Quinito», precisamente, y toros de Bañuelos; pero siguió toreando en España durante el año 1904, y a continuación, durante el siguiente invierno, lo hizo en Méjico y Guatemala. En la capital de esta segunda República actuó por vez postrera como matador el 19 de febrero de 1905 (si bien el 8 de marzo siguiente, en la misma Plaza, vistió por última vez el traje de luces, sin matar toro alguno, en circunstancias especiales que bien merecen ser narradas y que acaso lo hagamos algún día.

Efectivamente, la última corrida toreada por «Quinito» se celebró con

839. J. R. S.—Madrid.—Vamos a desvanecer los errores y las dudas referentes a los datos que usted posee de las últimas actuaciones de los diestros Luis Mazzantini, Joaquín Navarro, «Quinito», y Angel Carmona, «Camisero».

fecha 20 de septiembre de 1914, matando reses de Veragua con Isidoro Martí, «Flores», y Matías Lara, «Larita»; pero tal corrida no se efectuó en Madrid, sino en Barcelona. Quienes torearon aquel día en la capital de España fueron «Mazzantinito», Curro Vázquez, «Malla» y Paco Madrid, al estoquear ocho toros de otras tantas ganaderías.

Y en cuanto al «Camisero», no fué el 27 de septiembre de 1917, sino en igual día del año 1914, cuando toreó su última corrida, que fué la celebrada en Valladolid, alternando dicho diestro con «Bienvenida» (padre de los actuales diestros de tal apodo), «Torquito» y Paco Madrid en la lidia de ocho toros de don Tertuliano Fernández.

840. L. P. T.—Jerez de la Frontera (Cádiz).—En nuestra respuesta núm. 585 encontrará usted los datos que solicita referentes a los diestros gaditanos mencionados en su carta. Si desea algún detalle más de los que allí se expresan, dígalos y le complaceremos.

841. J. B. P.—Valencia.—El matador de toros valenciano Julio Aparici, «Fabrilo», sufrió dos cogidas en el año 1893: la del 29 de junio en Játiva, por un astado de Peñalver, y la del 14 de agosto en Valdepeñas, por un toro de Benjumea. En la primera población alternó con Rafael Bejarano, «Torquito», y en la segunda con Luis Mazzantini. A pesar de estos percances, que le impidieron torear algunas corridas, tomó parte dicho «Fabrilo» en 26 durante aquella temporada, pues fué dicha época la de su mayor apogeo.



Panteón de «Fabrilo»

842. T. G. B.—Barcelona.—La corrida de la Merced, celebrada en esa ciudad el año 1902, tuvo por escenario la Plaza de Las Arenas, y su cartel fué el siguiente: dos novillos de Lozano, rejoneados por Mariano Ledesma e Isidro Grané y estoqueados por el novillero «Flores», y lidia ordinaria de seis toros de Benjumea, a los que dieron muerte Antonio Reverte y los hermanos «Bombita» (Emilio y Ricardo). La mejor faena de la tarde fué la de Emilio con el quinto toro, llamado «León», berrendo en castaño.



Emilio Torres, «Bombita»

843. PANADERITO.—Porcuna (Jaén).—A continuación insertamos la tercera lista de los datos estadísticos que nos pidió, correspondientes los de ahora a los años 1927, 28 y 29.

En 1927: Rafael «el Gallo» toreó 31 corridas; «Relampaguito», 2; Luis Freg, 11; «Torquito», 4; Juan Belmonte, 42; «Larita», 3; «Saleri II», 10; «Fortuna», 3; La Rosa, 4; «Chicuelo», 24; «Nacional», 4; Sánchez Mejías y «Valencia», 3 cada uno; «Carnicerito», 15; Emilio Méndez, 12; «Josefeto de Málaga», 2; Pouly, 3; «Valencia II», 45; Antonio Márquez, 55; Marcial Lalanda, 51; Pablo Lalanda, 10; «Facultades», 4; Villalta, 26; «Gitanillo» y Antonio Sánchez, 4; Fausto Barajas, 17; Joselito Martín, 6; «Rodalito», 6; «Gavira», 1 (la de su cogida mortal); Rosario Olmos, 2; «Algabeño», 25; Paradas, 7; Fuentes Bejarano, 22; «Pedrucho», 7; Antonio Posada, 8; Ventoldra, 1; «Pepete IV», 2; Martín Agüero, 52; Manuel Martínez, 17; «Zurito», 21; «Armillita (Juan)», 22; Pepe Belmonte, 10; «Niño de la Palma», 65; «Andaluz», 4; «Gallito de Zafra», 8; «Chaves», 9; José Ortiz, 3; «Rayito», 45; «Angelillo de Triana», 3; «Lagartito», 18; Félix Rodríguez, 42; «Caganchos», 46; Refulgente Álvarez, 1; «Gitanillo de Triana», 18; Julio Mendoza, 4; Vicente Barrera, 16; Enrique Torres, 2; Susoni, 1, y Tomás Jiménez, 1. Estos nueve últimos fueron los doctorados en tal año.

En 1928: Rafael «el Gallo» toreó 17; «Relampaguito» y «Chiquito de Begoña», una cada uno; Luis Freg, 10; «Torquito», 2; «Larita» y «Saleri II», 8 cada uno; «Fortuna», 13; «Valencia», 6; «Chicuelo», 81; «Carnicerito», 10; Emilio Méndez, una; Pouly, 9; «Valencia II», 46; Antonio Márquez, 29; Marcial Lalanda, 41; Pablo Lalanda, 5; «Facultades», 1; Villalta, 52; «Gitanillo», 4; Antonio Sánchez, 13; Fausto Barajas, 14; Joselito Mar-



(Continuá en el número próximo)

«Niño de la Palma»

ANFIBOLOGIA



Nadie ignora por qué se dice que un toro es «sacudido de carnes»; pero sacudir equivale no sólo a agitar violentamente una cosa, sino también a golpear, y esta última significación la encontramos en el antiguo epigrama siguiente:

«Felipe, el hojalatero,
es un animal muy grande,
que sacude a su costilla
unas palizas bestiales.
Y Blas, que está en el secreto,
dice a quien quiere escucharle
que es guapa tal hembra, pero
muy «sacudida de carnes».

